Occidente conquistó el mundo... y empezó a perderlo

Antonio Caballero

Ilustraciones de
Juan Ballesta

CRÍTICA

Occidente conquistó el mundo... y empezó a perderlo

Antonio Caballero
Ilustraciones de
Juan Ballesta

CRÍTICA

© Antonio Caballero, 2019
© Editorial Planeta Colombiana, S. A., 2019
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8739-7
ISBN 10: 958-42-8739-7

Diseño de portada: Departamento de Diseño Grupo Planeta
Imagen de portada: © Juan Ballesta
Ilustraciones: reproducidas con autorización de Juan Ballesta

Primera edición: abril de 2020
Impreso por: xxxxxxxxx
Impreso en Colombia - *Printed in Colombi*a

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Tabla de contenido

Introducción

SIGLO XI
¡Dios lo quiere!
    El Cid: al mejor postor

SIGLO XII
La mitra o la corona
    Robin Hood: el héroe inexistente

SIGLO XIII
El enemigo interior
    San Francisco: por fin, un cristiano

SIGLO XIV
Los cuatro jinetes
    La muerte

SIGLO XV
Un siglo a la italiana
    El huevo de Brunelleschi

SIGLO XVI
¡Horror¡: ¡más iglesias!
    Dos hombres de novela

SIGLO XVII
El discreto ascenso de la burguesía
    Versalles: el poder y la gloria

SIGLO XVIII
La razón y la revolución
    La subversión de la a a la zeta

SIGLO XIX
Progreso y capitalismo

Una señora gorda

SIGLO XX
Resumen del horror
El superhéroe

SIGLO XXI
¿El fin de la historia?
El internet: un antiguo artilugio

Sobre el autor y elilustrador

Introducción

Hace veinte años, cuando se publicó la primera edición de este libro, se celebraba en todo el mundo el final del segundo milenio. Se trata, claro está, de una pura convención, fijada arbitrariamente y con varios siglos de retraso por los reformadores cristianos del calendario para hacer coincidir el año uno (aproximadamente) con la fecha del na cimiento de Cristo. Una convención, pues, que en teoría no afecta a las tres cuartas partes de la humanidad que utilizan calendarios distintos: chinos, indios, todo el Islam. Pero que sí los afecta en la práctica.

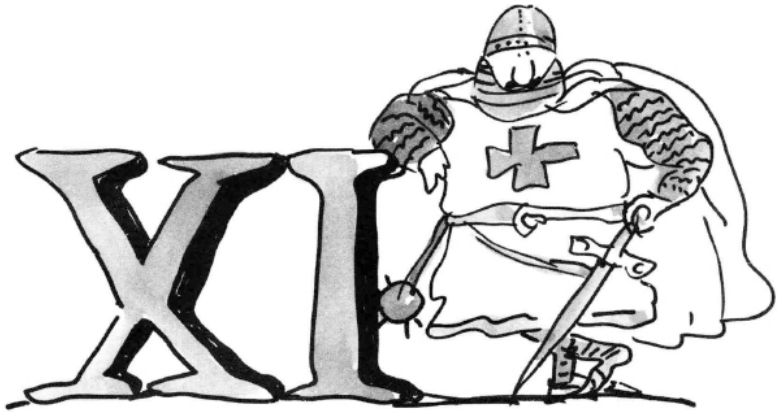
Porque la práctica de este milenio ha sido cristiana y occidental. Son los mil años en los que el Occidente cristiano conquistó el mundo entero, política y culturalmente, imponiéndole no sólo su calendario sino su voluntad. Su técnica, su ciencia, su ideología, su cultura, y hasta su manera de vestir. Y eso, por la fuerza: desde la propagación a lanzazos de la Verdadera Fe en las cruzadas contra el infiel del siglo XI de 1999. Las fiestas del milenio, el 31 de diciembre de ese año, se celebraron por eso en todas partes, de Singapur a Lisboa y de Vladivostok a la Ciudad del Cabo, con canciones en inglés: se celebraba la conquista. No será serio, pero así fue.

Ahora, veinte años más tarde, es todavía peor: no parece que haya nada que celebrar. Así fue hace veinte años, en el 2000. Pero en los diecinueve y pico transcurridos del siglo XXI hasta el establecimiento a bombazos de la Verdadera Democracia en las guerras de la OTAN la marea de la historia ha empezado a cambiar. El Occidente grecocristiano, capitalista y norteamericano, está hoy en discreta retirada. Es cierto que sus potencias militares, vencedoras en la Segunda Guerra Mundial, son todavía capaces de bombardear medio mundo. Encabezadas por los Estados Unidos, pero también con el respaldo militar del Reino Unido en el Oriente Medio o el de Francia en África, y por parte de Rusia, recuperada tras el derrumbe del régimen comunista por la iglesia ortodoxa, en Ucrania y en Siria.

Todavía. Pero es muy posible que dentro de unos cuantos años se haya vuelto a numerarlos por los de la Hégira musulmana (hoy

estamos en el 1441) o por los del calendario tradicional chino (hoy vamos en el 4717). O, a lo peor, por los pocos segundos menguantes que le quedan al calendario nuclear para llegar a las fatídicas doce de la noche del fin del mundo. Tal como hace mil veinte años, en el año mil.

SIGLO XI


XI

¡Dios lo quiere!

El primer milenio llegaba a su fin en medio de lo que se ha llamado el Gran Pavor del Año Mil: se iba a acabar el mundo. Las doctrinas milenaristas, más serias que la superstición popular, prometían algo mejor para esa fecha: la vuelta del Mesías y el comienzo de su reino de mil años en la tierra, hasta el Juicio Final. Y los canonistas, más cautos, interpretaban la promesa de manera simbólica: no como el regreso físico de Cristo, sino como el inicio del triunfo universal de la religión cristiana.

Llegó el temido día, y en apariencia no pasó nada: simplemente comenzó el siglo XI. Pero aunque se equivocaban los que aguardaban la Segunda Venida del Señor en carne y hueso, acertaban los partidarios de las otras dos hipótesis, pese a ser éstas contradictorias entre sí. Tenían razón los que esperaban lo mejor, si es que lo mejor era la expansión del cristianismo; y también la tenían los que temían lo peor, que era lo mismo. Porque el agitado siglo XI marca el momento en que la Cristiandad (la palabra data de entonces) tomó conciencia de su naturaleza homogénea y de su ambición hegemónica y se lanzó a conquistar el mundo en nombre de la Verdadera Fe, y para la Europa blanca. La señal de partida la dio en la ciudad francesa de Clermont, en el centro geográfico de Europa Occidental, el papa (francés) Urbano II, el 27 de noviembre del año 1095, cuando convocó por sorpresa la Cruzada contra el infiel mahometano que desde hacía cuatro siglos era dueño del Santo Sepulcro de Cristo en Jerusalén. Y al grito feroz de *Deus lo volt* (¡Dios lo quiere!) la cristiandad en armas se puso en marcha.

La Cruzada (la primera de muchas) empezó cuando ya finalizaba el siglo XI. Pero todo el curso de éste puede ser visto como un concienzudo —aunque inconsciente— ejercicio de preparación para la empresa de expansión universal. Un ejercicio de fortalecimiento espiritual y político de la Iglesia de Roma, que iba a ser su cabeza justificadora; y un ejercicio de consolidación material y militar del cuerpo mismo de la Cristiandad, que sería su agente.

Lenta pero firmemente, en un caótico revuelo teológico y político de papas y antipapas que duraban tres días o seis meses, que abdicaban o eran ahorcados, que vendían el trono papal o lo compraban, a todo lo largo del siglo XI la Iglesia de Roma se fue haciendo poderosa y segura de sí misma; y, sobre todo, independiente, tanto frente al moribundo Impero de Oriente (Bizancio) como ante los pujantes sucesores de Carlomagno en Occidente (Francia y el Sacro Imperio Germánico). En 1054 el papa León IX rompió amarras con Oriente, excomulgando por un teológico quítame allá esas pajas (un "y" de más en el Credo: filioque: *y* el Hijo) al Patriarca de Constantinopla. Y, ante Occidente, se sacó de la casulla la famosa "Donación de

Constantino", falsificación (que sin embargo fue aceptada) por la cual el obispo de Roma reclamaba poder temporal sobre toda Italia y preeminencia eclesiástica sobre todas las demás diócesis cristianas. Pocos años después, ya sus sucesores en el Papado (aunque la palabra es algo más tardía) podían darse el lujo de excomulgar al emperador de Alemania o al rey de Francia y lograr que esos orgullosos y poderosos señores pidieran humildemente perdón. La Iglesia protegida de los tiempos carolingios se había convertido en Iglesia protectora.

Pero su nueva arrogancia descansaba, desde luego, sobre una base real. Su recobrada respetabilidad espiritual ante los pueblos cristianos, lograda por las profundas reformas administrativas y morales de unos cuantos papas a la vez enérgicos y virtuosos (León IX, Gregorio VII, Urbano II); el creciente, e independiente, poderío económico de las órdenes monásticas con sus decenas de abadías, sus cientos de iglesias, sus millares de monjes esparcidos por toda Europa, desde Escandinavia hasta el Finisterre; y la universalización (aunque limitada, por supuesto, a la Europa occidental) de la Santa Sede, liberada por fin de las rivalidades estrictamente locales de las grandes familias romanas. Por sobre las disputas dinásticas y feudales que desgarraban a Occidente, la Roma apostólica lograba recuperar, no en poder pero sí en influencia, el papel de la desaparecida Roma imperial: un papel unificador frente a las fuerzas centrífugas de las naciones y de las lenguas que empezaban a formarse. Lo único que compartía toda la grey cristiana, de buena o de mala gana, era un Pastor.

Y, a la vez, esa grey crecía, tanto en lo económico como en lo demográfico. Hay historiadores que atribuyen un papel determinante en la expansión europea que constituyeron las Cruzadas al perfeccionamiento del arado de reja, que permitió la labranza de tierras antes incultas y, al paliar las grandes hambrunas de la alta Edad Media, disparó el crecimiento de la población. Otros señalan como fundamental en el avance hacia Oriente la invención de la ballesta de manivela, que iba a dar a los cruzados una considerable ventaja militar sobre sus adversarios (la nueva ballesta, un arma demasiado terrorífica, sólo podía ser usada, según un Concilio del siglo XI, contra el infiel, pero nunca contra un ejército de cristianos). Pero el hecho es que esa expansión, comenzada a principios del siglo en los tres vértices del territorio de la Cristiandad (en España, donde el

califato musulmán se disolvía en insignificantes reinos de taifas mientras avanzaba la “reconquista” cristiana de los castellanos y aragoneses; en Inglaterra, donde Guillermo el Bastado de Normandía usurpaba con la bendición papal la corona de los reyes sajones; y en el sur de Italia y en Sicilia, donde, también con la bendición papal, los normandos arrebataban el control territorial a los sarracenos en la práctica y a los bizantinos en la ficción jurídica), esa expansión de la Europa cristiana se debía también al debilitamiento del adversario o del rival: en el Oeste, en el Sur y en el Oriente próximo, los árabes, sumidos en un rápido proceso de fragmentación política. En el Oriente más lejano, Bizancio, desgarrado por las disputas teológicas y minado además en su retaguardia por el creciente poderío turco. Para soltar sobre el mundo la nueva fuerza cristiana de Occidente sólo faltaba el impulso espiritual del Pastor. Y lo dio Urbano II en Clermont, inventando la indulgencia (por primera vez se usó esa palabra) para premiar a quienes mataran a sus semejantes en nombre de la Verdadera Fe.

—Si aquellos que allá van (a conquistar el Santo Sepulcro. O a reconquistarlo: todas las invasiones se han hecho en defensa

propia) pierden la vida durante el viaje, en la tierra o en el mar, o en alguna batalla contra los paganos, sus pecados serán perdonados. Lo concedo por el poder que Dios me ha dado —dijo el papa, y añadió: —A un lado, los enemigos de Dios. Al otro, sus amigos.

Muy pronto "los amigos de Dios" habían dado buena cuenta de sus "enemigos". Jerusalén cayó en manos de los cruzados francos en 1099, y prácticamente todos sus habitantes fueron pasados a cuchillo, fueran musulmanes o cristianos de Oriente. A los sacerdotes cristianos griegos, coptos y sirios que guardaban los Santos Lugares hubo que torturarlos para que les revelaran a sus hermanos de Occidente dónde estaba guardada la Verdadera Cruz, en cuyo santo nombre se habían hecho todos esos horrores.

El Cid: al mejor postor

En 1099 moría en Valencia Rodrigo Díaz de Vivar: un infanzón arruinado de Castilla la Vieja que, por el valor de su brazo, había llegado a ser dueño independiente de un principado conquistado a los moros. Moría, y de inmediato entraba en la leyenda. Rodrigo, El Cid, era el epítome del guerrero castellano de la Reconquista, piadoso cristiano y súbdito leal: "buen vasallo si oviesse buen señor", como se dice en el "Cantar de Mio Cid", el poema épico fundacional de la literatura española, compuesto apenas cincuenta años después de la muerte del héroe. Después vendrían a redondear las cosas el Romancero, Guillén de Castro, Corneille, Víctor Hugo, don Ramón Menendez Pidal, y finalmente Samuel Bronson con su película "El Cid", con Charlton Heston en el papel protagónico. *El Cid:* en árabe, el Señor. Campeador: *campidoctor*: en bajo latín eclesiástico, el que gana batallas campales.

Sí. Pero ¿batallas contra quién? Porque el Cid de la leyenda, gran alanceador de moros, en la realidad histórica pasó la mitad de sus 55 años de vida alanceando cristianos. Batallaba de este lado, o de este otro, de acuerdo con quién pagara mejor sus servicios profesionales de *campidoctor*. Por el rey de Castilla contra el de Aragón, cristianos ambos. Por el de Castilla contra el de León, hermanos entre sí. Por el rey

moro de Toledo contra el cristiano de Castilla. Por el rey cristiano de Castilla contra su hermana de Zamora. Por el rey moro de Zaragoza contra el rey cristiano de Aragón. Por el rey cristiano de Castilla y León contra la invasión musulmana de los almorávides. Por el rey moro de Valencia contra el conde cristiano de Barcelona. Y finalmente por sí mismo contra el rey moro de Valencia, su antiguo patrón a quien, conquistada la ciudad, mandó quemar vivo.

Era un siglo confuso, ese siglo XI en que vivió Rodrigo Díaz. Por eso de él ha podido decirse que después de muerto ganó su última batalla contra los moros; pero también que, en el fondo, “era más musulmán que cristiano”.

SIGLO XII

XII

La mitra o la corona

Espasmódicamente, como por vahídos sucesivos de sangre, la empresa de las Cruzadas prosiguió durante todo el siglo XII, y continuaría en el siguiente. Su pretexto, la ciudad de Jerusalén, santa para tres religiones, se perdió, se ganó, volvió a perderse. En alguna ocasión hubo que defenderla apelando al recurso extremo del milagro: sacando en solemne procesión los restos de la Verdadera Cruz, que luego se irían dispersando y multiplicando (hoy, sumados, pesan varias toneladas: los milagros no cesan) en las sacristías de las catedrales de toda Europa.

Pero eso vendría más tarde, cuando los cruzados volvieran a su tierra cargados de reliquias, de riquezas y de enfermedades nuevas. La sífilis empezó por entonces a causar estragos en Occidente, aunque todavía se la confundía con la lepra y no había acuerdo sobre su verdadero nombre: sobre si debía llamarse mal napolitano, como lo hacían los franceses, morbo gálico, como los alemanes, o enfermedad española, como los italianos (tres siglos más adelante, con el descubrimiento del Nuevo Mundo, se llegó por fin a un consenso: era una peste americana).

Pero aunque las guerras contra el infiel seguían en los dos extremos de la Cristiandad, tanto en la Tierra Santa como en la península ibérica, el siglo XII marca una pausa en la expansión del Occidente cristiano, provocada por la recuperación de sus vecinos y adversarios de ambos confines. En Constantinopla la vigorosa dinastía de los emperadores Comnenos logró una efímera restauración del poderío del Imperio, deteniendo en su frente asiático los avances de los turcos y en el Mediterráneo y el Oriente europeo las embestidas de sus feroces hermanos en Cristo. Y al otro lado, en España, la nueva oleada fanática de los Almohades venidos del fondo del Atlas marroquí contuvo nuevamente la reconquista de los reyes cristianos —a la vez que, de paso, arrasaba lo que quedaba de la refinada civilización musulmana de los días del Califato. (Sólo quedaría, como una joya olvidada, el reino de Granada).

Así, por un tiempo, las disputas del Occidente cristiano se circunscribieron al Occidente cristiano mismo. Y eran muchas y

complejas, con numerosos protagonistas luchando por el papel principal y todo un ejército de comparsas agitándose en torno. Sobre lo restos del deshecho Imperio Carolingio, que seguía constituyendo una especie de modelo ideal y un tema de añoranza poética, aparecían nuevas fuerzas: surgía y se agotaban las dinastías regias; las ciudades (sobre todo en Italia) obtenían cierta independencia; crecían y se enriquecían a costa de los señores las nuevas órdenes militares surgidas de las guerras santas (Templarios, Hospitalarios, Caballeros de Calatrava y de Santiago). Y, sobre todo, empezaban a consolidarse institucionalmente las monarquías nacionales (Francia, Inglaterra, Castilla) sobre la polvareda de los señoríos feudales y las querellas de familia. En medio de la confusión se anunciaba un nuevo orden.

Pero la pista principal de ese circo sangriento estaba ocupada por el enfrentamiento entre el Papado de Roma y el Imperio Germánico, en una constante danza de alianzas y contraalianzas con los demás actores, por lo que se llamaba el *dominium mundi*: el dominio del mundo. (Pues todavía los europeos hablaban en latín, para entenderse o para discrepar, aunque apuntaran ya sobre el antiguo humus dejado por Roma las nuevas lenguas romances). Un *dominium mundi* que equivalía, en la práctica, al control de Occidente, que ya se consideraba a sí mismo el mundo entero, con la petulancia que iba a caracterizarlo a todo lo largo del milenio. Tanto los árabes como los bizantinos, por razones diversas, tenían a los occidentales por completamente bárbaros, y no les faltaba razón, por los demás. Pero lo cierto es que Bizancio y el Islam habían entrado ya en su decadencia, en tanto que la Cristiandad occidental que empezaba a emerger de las sombras del Medioevo rebosaba de energía y de nuevas riquezas. Crecían los centros urbanos, se desarrollaba el comercio, surgían las universidades (Bolonia, Padua, París, Oxford, son todas de mediados del siglo XII); el ambicioso estilo gótico empezaba a sustituir al modesto románico; nacían en Provenza, en Toscana, en Castilla la Vieja, las literaturas en lenguaje vulgar: francés, italiano, español. Aparecía, efectivamente un nuevo mundo. Y por su manejo pugnaban, cada cual con sus medios respectivos, papas y emperadores.

El Papado, cabeza ya prácticamente indisputada de la *Sancta Ecclesia*, no podía rivalizar con el Imperio en poderío militar. Pero

contaba con otros recursos más sutiles: la excomunión, la propaganda y la intriga, bien servida por el hecho de que sus agentes —abades y obispos— cubrían con una tupida red el territorio entero de Europa, desde Dinamarca hasta Sicilia y desde Portugal hasta Hungría. La "querella de las investiduras" (la disputa por saber si los señores laicos, reyes o emperadores, podían o no consagrar obispos) se había saldado a favor de los papas desde el siglo anterior; y desde esa misma época las costumbres eclesiásticas habían sido limpiadas de los principales vicios que minaban el control papal: la simonía (venta de cargos y dignidades) y el matrimonio de los curas, que tendía a dispersar por herencia los bienes eclesiásticos. Roma era, pues, fuerte. Y, por otra parte, las nuevas pretensiones universales de los emperadores de Alemania suscitaban resistencias y protestas en todo el continente: "¿Quién nombró a los alemanes jueces de las naciones?", preguntaban los eruditos.

Pero también los emperadores tenían sus armas, además de la amenaza militar sobre las posesiones pontificias en tierras italianas. Así, Federico Barbarroja proclamó *"Sacro"* al Imperio Germánico en 1157, como contrapeso de prestigio espiritual al apelativo *"Sancta"* de la Iglesia. Y a cada Papa de Roma que lo excomulgaba respondía con la proclamación de un antipapa propio, uno de los cuales llegó a canonizar a Carlomagno, de quien Federico se proclamaba legítimo sucesor, fortaleciendo así su causa. Pero aunque en el aspecto territorial la ventaja estaba del lado de los emperadores, que por conquistas, herencias o alianzas eran dueños de media Italia y tenían, en consecuencia, físicamente cercada a Roma, los papas resistieron. Y tras varias fallidas campañas en la península (se sublevaban las ciudades, lo abandonaban sus aliados, se le morían sus antipapas) el Emperador se vio obligado a aceptar en 1077 una paz con el papa Alejandro III, que lo hizo arrodillarse ante él y besarle los pies.

Exactamente un siglo antes se había visto la misma escena, en Canossa, entre el emperador Enrique IV y el papa Gregorio VII. El Papado era un hueso duro de roer.

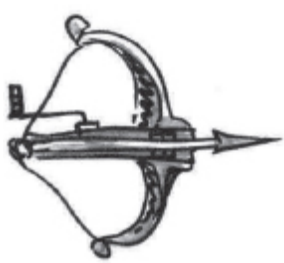
A finales del siglo, sin embargo, Federico se disponía a reanudar las hostilidades. Pero el papa Clemente III procedió a proclamar una nueva Cruzada (la llamada Tercera, o de los Reyes, pues en ella participaron en persona el de Alemania, el de Francia y el de Inglaterra). Con lo cual el Emperador, para no

parecer impío, se vio forzado a tomar la cruz y partir para Tierra Santa. Se ahogó al cruzar un río. Pero una leyenda asegura que está todavía escondido en una caverna, esperando una mejor ocasión para destruir el Papado victorioso.

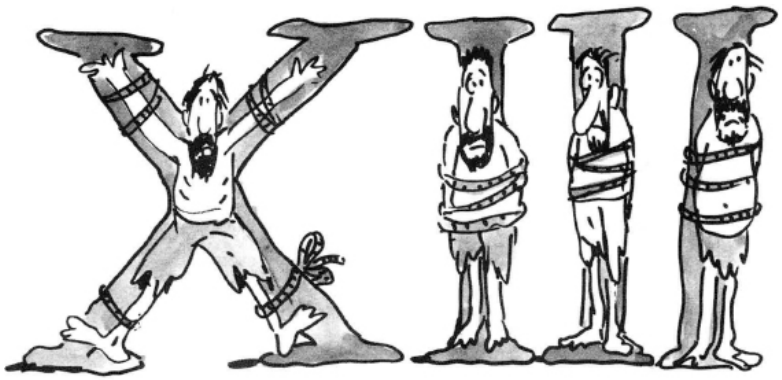
Robin Hood: el héroe inexistente

Como personaje de cantos y cuentos populares ingleses, quizás con una vaga base histórica, Robin Hood, Robin de los Bosques, aparece en el siglo XIV. Pero sus aventuras se sitúan 200 años atrás, en el XII, en los tiempos de Ricardo Corazón de León y de su hermano usurpador, el "malvado" (en la leyenda) Juan sin Tierra. Robin Hood, el bandido generoso de los bosques de Sherwood, el defensor de los pobres y de los oprimidos, el ladrón que robaba a los ricos para ayudar a los pobres, probablemente no existió. Pero lo inventó la gente para encarnar en alguien de carne y hueso lo que la sobria realidad no daba: un defensor contra la injusticia y la opresión, un representante de los sometidos sajones contra la conquista normanda, y un héroe de la protesta del pueblo llano contra la nobleza, el alto clero y la arbitrariedad real.

A principios del siglo XIX la memoria de Robin Hood, ya para entonces convertido en inofensivo personaje literario, resurgió con la revuelta de los "luditas" contra las máquinas de la Revolución Industrial, que quitaban su trabajo a los artesanos. Y a finales del siglo XX la ciudad de Nottingham, teatro de sus hazañas, proscribió otra vez de sus calles el nombre y la imagen del defensor de los pobres por miedo a que asustara a los inversores extranjeros.



SIGLO XIII


XIII

El enemigo interior

Empezó el siglo XIII y Europa siguió ensimismada en lo suyo: el fortalecimiento de la Cristiandad dirigido a la conquista del mundo. Claro está que la mayor parte del mundo todavía ignoraba lo que se le venía encima, y se dedicaba a sus propios asuntos. En Asia se formaba el Imperio Mongol de Genghis Khan, que acabaría abarcando la mitad de ese inmenso continente, desde el Mar de la China hasta el Irak, y desde Siberia hasta los contrafuertes de la India. El Islam se expandía hacia el Oriente, hasta la India misma, y hacia el sur por media África. En la remota América se hundían los mayas en América Central, los aztecas se instalaban en el valle de México, los incas fundaban su capital en Cuzco. El Japón se salvaba de las invasiones mongolas gracias a los tifones. Pero nada de todo eso importaba en Occidente, ni nadie lo sabía. Marco Polo, un viajero veneciano que visitó el Oriente, contó a su vuelta maravillas. Lo acusaron de herejía, como solía ocurrirle en esa ciega Cristiandad a quien hablara de otra cosa o creyera que el mundo era más ancho que su aldea. El hereje: el enemigo interior.

Pues crecían las herejías, fomentadas entre los pueblos por la corrupción de la Iglesia. Esta era, sí, árbitro de las naciones: coronaba y deponía reyes y emperadores, duques y príncipes. Y en el campo de juego de Italia terminaría, en el curso del siglo, por imponerse al Imperio, reducido finalmente a una soberanía simbólica sobre una miríada de principados alemanes independientes y débiles. Pero esa supremacía de la Iglesia era política (aunque la reclamara a golpe de excomuniones e interdictos), pues en lo espiritual perdía pie, y las herejías se multiplicaban.

Por eso, aunque se impulsaron un par de guerras más contra el infiel (pero destinadas en la práctica a saquear a Constantinopla), y aunque el Papa y el rey San Luis de Francia soñaron incluso con una alianza con los mongoles genghiskhanidas para aplastar al Islam, la Cruzada verdaderamente importante del siglo fue dirigida contra el seno mismo de la Cristiandad. Contra los cátaros, secta de virtuosos fanáticos que se multiplicaban en Lombardía y en el sur de Francia. Y que pensaban —no sin argumentos, visto lo que ocurría en torno— que aunque tal vez hubiera un Dios bueno como el que había sido anunciado por Cristo, era evidente que el creador de la realidad cristiana no podía ser sino el demonio.

Fueron exterminados a sangre y fuego, para mostrarles que no tenían razón.

No los exterminó la Iglesia, por supuesto. Esta, aunque sus papas y sus concilios dictaran tremendas penas contra la herejía, se abstenía siempre del derramamiento directo de sangre, que dejaba en manos de las autoridades laicas. Las cuales, si no aplastaban la herejía, eran excomulgadas por la Iglesia, y en consecuencia depuestas y sometidas a juicio como sospechosas de herejía para ser castigadas por otras autoridades laicas, que a su vez… Fue entonces cuando se creó la Inquisición: una especie de policía secreta de la Iglesia para descubrir herejes con base en la delación anónima (premiada con los bienes del delatado) y la

carencia de defensa (el defensor era sospechoso de herejía, e investigado). Para facilitar el éxito de las investigaciones, el Papa Inocencio IV autorizó el uso de la tortura, prohibida en Occidente desde finales de la Roma Imperial.

Hubo un breve respiro: el Papado de Celestino V, que duró unos pocos meses del año 1294. Era un santo monje ermitaño a quien fueron a sacar de su cueva de los montes Abruzzos para que fuera papa, en vista de que las grandes potencias no se ponían de acuerdo sobre quién debía serlo. Se negó. Lo llevaron a rastras. Quiso devolver a la Iglesia sus virtudes cristianas. Lo obligaron entonces a abdicar. Su sucesor, Bonifacio VIII, lo encerró en las mazmorras de un castillo romano, donde murió de tristeza.

San Francisco: por fin, un cristiano

El pobrecito de Asís. *Il Poverello*. Un hombre que se esforzó por ser minúsculo y oscuro, por disolverse a sí mismo en la entrega a los demás y la adoración a Dios y a su espejo, la limpia naturaleza. Y fue más grande que su siglo, siendo contrario al espíritu de su siglo. Quizás el único cristiano verdadero que ha habido en toda la sangrienta historia del cristianismo.

"Hermano sol", "hermana luna", "hermano lobo", "hermana enfermedad" "hermana muerte", llamaba el pobre —pero elocuente— Francisco a todas las criaturas del universo. ¿Suena eso acaso a cosa de cristianos? La verdad es que no. La Iglesia misma, en un principio, tuvo a Francisco por un peligroso hereje. Y es que, en efecto, su predicación simple y su ejercicio evangélico —pobreza, humildad, caridad — parecían una amenaza para el proyecto eclesiástico de poderío en todos los órdenes de la vida, tanto espirituales como temporales. Francisco pretendía "seguir las enseñanzas y las huellas de Cristo". Lo normal hubiera sido que lo crucificaran.

No lo hicieron. Era completamente inofensivo: incapaz de matar una mosca.

Francisco nació en Asís, en la región italiana de Umbría, en una familia acomodada emparentada con la pequeña nobleza local. Era un joven despreocupado y juerguista —tal vez su apodo de Francesco, pues había sido bautizado como Giovanni, le venía de su gusto inmoderado por el vino francés y las canciones de los trovadores provenzales—, y soñaba con nobles leyendas caballerescas. La guerra —una guerrita local entre Asís y Perugia, una de las infinitas guerras que había entonces— lo desencantó de todo eso. Peregrinó a Roma. Le dio un beso a un leproso. Mendigó. Oró. Tuvo una visión en la que el crucifijo de una ermita a las puertas de su pueblo le decía: "Ve, Francisco, a reconstruir mi casa, que está en ruinas". En su simplicidad, no se atrevió a creer que se tratara del vasto edificio corrompido de la Iglesia de Roma, y

reconstruyó la ermita con sus manos.

Su fama de santidad, y su elocuencia sencilla de predicador, le atrajeron discípulos. Cuando hubo reunido doce fue con ellos hasta Roma para pedirle al Papa autorización de convertirse en orden mendicante, entonces prohibidas por sospechosas de herejía. Se la dieron: eran tan poca cosa el hermano Francisco y sus doce *fratelline*… Quiso peregrinar a Tierra Santa: naufragó en el camino. Intentó ir a predicar entre los moros en España: cayó enfermo. Consiguió sin embargo embarcarse para Egipto con la nueva Cruzada de 1219, y allí el sultán le permitió intentar —en vano— la evangelización de las huestes sarracenas. Pero tuvo que regresar a Italia, a controlar su orden que crecía en número, en poder y en riqueza, vertiginosamente.

Espantado, se refugió en una montaña, donde tuvo la visión mística de un serafín con seis alas clavado en una cruz, que al desvanecerse le dejaría en sus carnes los estigmas del Crucificado: las llagas en las manos, en los pies y en el costado. Quedó ciego. No se las enseñó a nadie. Pero cuando murió dos años más tarde, quienes lo amortajaron contaron que parecía acabado de descender de la cruz.

De inmediato, con gran pompa, la Iglesia lo proclamó santo. Y sus *fratellini*, ya liberados por una argucia papal de su voto de pobreza, lo enterraron en Asís en una fastuosa basílica que hoy visitan millones de turistas.

SIGLO XIV

SPECULUM
MORTIS

Los cuatro jinetes

Sobre la floreciente Europa cristiana (y sobre el mundo entero: pero estas crónicas del Milenio son sólo el registro de cómo la Europa cristiana obtuvo el dominio del mundo entero), el siglo XIV cayó como una lluvia de sangre. Galoparon sobre el continente los temidos Cuatro Jinetes anunciados en el Apocalipsis de San Juan: el Hambre, la Guerra, la Peste. Y la Justicia Divina, que es ese cuarto jinete que en la enumeración todos olvidamos siempre, porque no se ha visto nunca.

El Hambre. Volvieron las hambrunas de la alta Edad Media, pero causadas ahora por algo que hay que llamar con un nombre muy posterior: la Crisis Económica. Se hundió la producción agrícola, abrumada por la creciente y triple extorsión eclesiástica, señorial y real. Se hundió el comercio, incapaz de soportar los crecientes y triples impuestos: se inventaron nuevos, se reforzaron los existentes, se resucitaron algunos que habían desaparecido desde los tiempos de Carlomagno. Y se hundió la moneda, corroída por las devaluaciones de los reyes, el agotamiento de las minas y el atesoramiento de los metales preciosos, que los retiraban de la circulación para convertirlos en coronas, en cálices, en cetros. Un ejemplo: Bonifacio VIII, el primer papa del siglo, agrandó la tiara papal hasta el descomunal tamaño de un codo, y la adornó no ya con una, sino con tres coronas: la espiritual, la temporal, y otra. De oro las tres.

La Guerra, a la vez causa y consecuencia de la crisis económica generalizada. Los señores, los Papas y los Reyes necesitaban sin cesar mayores recursos para financiar sus muchas guerras: de sucesión, de conquista, de represión, de prestigio, contra el hereje, contra el infiel, de todos contra todos. De extremo a extremo, Europa se vio desgarrada por revueltas señoriales, masacres de inocentes (en particular leprosos y judíos) levantamiento de campesinos: la *Grant Rage* (la gran cólera) que se extendió espontáneamente por Francia, por Flandes, por Inglaterra, por Bohemia, por Cataluña, por Lombardía, y en todas partes fue ahogada en sangre. La nobleza empobrecida por la crisis se entregó a guerras de rapiña como cuenta el *Poema de*

Alfonso XI:

"En ese tiempo los señores corrían Castilla…".

Y lo reitera el francés Jean Froissart en sus famosas *Crónicas*:

"Todo era nuestro, y todo era robado a nuestra voluntad".

Y la forja y consolidación de las monarquías nacionales exigía, naturalmente, guerras grandes: guerras civiles en Castilla, guerras dinásticas en Alemania, guerras territoriales entre franceses y borgoñeses. Y la gran guerra entre franceses e ingleses por el trono de Francia, que iba a llamarse la Guerra de los Cien Años. Italia, por su parte, siguió siendo minuciosamente pasada a sangre y fuego por todo el mundo: franceses, aragoneses, alemanes, sin contar sus propios príncipes pendencieros y sus ciudades revoltosas, Génova, Milán, Florencia, Venecia.

Por añadidura, la Peste. Venida de China y Turkestán, la introdujo en Occidente una galera genovesa cuya tripulación se infectó en Caffa, en el mar Negro, en 1347, y fue contagiando todos los puertos que tocó a su regreso, de Sicilia a Marsella. En su forma bubónica la transmitían las pulgas de las ratas, y en su forma pulmonar, más grave, la respiración de las personas. En cuatro años, y con sucesivas recrudescencias que se prolongaron hasta 1400, la Peste Negra redujo tal vez a la mitad la población de Europa, en especial en Inglaterra, Cataluña, Toscana, el Languedoc, Navarra. Se ha dicho que fue una peste "infantil y proletaria", porque se cebaba particularmente en los niños y en los pobres, por razones de debilidad y de higiene. Pero si maltrataba a los "pobres pastores de ganados", tampoco respetaba "emperadores ni prelados". Mató al rey Alfonso XI de Castilla, y a Laura, la novia del poeta Petrarca. En Aviñón, donde desde principios del siglo vivían los Papas como rehenes del rey de Francia, exterminó a dos tercios de la corte pontificia. Aniquiló casi por completo a los dominicanos, que constituían entonces la élite intelectual de la Iglesia. Se calcula que, en el mundo entero, la Peste Negra acabó con un tercio de toda la humanidad. Jamás en la historia se había visto, ni ha vuelto a verse, una catástrofe semejante.

Y contagió también como era de esperarse, las conciencias: se acusó de la peste a los judíos, de quienes se decía que envenenaban los pozos para transmitir la plaga. El siglo XIV es el de la primera gran oleada antisemita, desde España hasta Rusia.

¿Y el Cuarto Jinete, el de la Justicia Divina? Ah, sí: lo habíamos olvidado otra vez. La justicia divina corría por cuenta de los papas, naturalmente: eso representaba la triple tiara de Bonifacio VIII. Pero la arrogancia de este papa ("su Grandísima Fatuidad", lo llamaba en sus cartas el rey Felipe IV de Francia), no le bastó para imponerse al poder temporal de los reyes, en particular el francés, que llevó su irreverencia hasta el extremo de ponerlo preso en su castillo de Agnani. Murió a los pocos días, de la humillación sufrida. Pocos años más tarde, Dante lo enviaría al infierno en su *Divina Comedia*.

Pues fue también un mal siglo para la Justicia Divina, o por lo menos para sus autodesignados representantes en la tierra. Bonifacio había iniciado el siglo proclamando las indulgencias del primer jubileo (el de 1300) y publicando la famosa bula *Unam Sanctam*, que afirmaba sin ambages el absolutismo teocrático:

"Es necesario para la salvación creer que toda criatura humana está sometida al pontífice romano: nos así lo declaramos,

lo anunciamos y lo definimos", concluía solemnemente la bula. Pero muerto Bonifacio el rey de Francia no sólo obligó a sus sucesores a anularla (así como otras, que prohibían cobrar impuestos a los curas), sino que se los llevó a la ciudad francesa de Aviñón, en un "cautiverio" que duraría sesenta años y se prolongaría en el Gran Cisma (había simultáneamente dos papas, y a veces tres), hasta entrado el siglo XV. La batalla por la supremacía temporal la habían perdido definitivamente los papas, aunque seguiría inspirando tercamente su política por lo menos hasta León XIII, a finales del siglo XIX.

Aunque también es posible, si bien se piensa, que la Justicia Divina no estuviera representada por la pretenciosa tiara de Bonifacio VIII, sino por el hambre, la guerra y la peste.

La muerte

En ese otoño de la Edad Media, como lo llamó memorablemente Huizinga, la muerte se convirtió en un personaje central de la sociedad en Occidente. No era ya la muerte antigua, estoica, a la romana: algo que se recibe al final de la vida o que se escoge voluntariamente si la vida resulta insoportable. Ni la muerte de los primeros tiempos cristianos, puerta del paraíso, y olvido de la triste vida terrena. Era una muerte nueva: la propia muerte, en la cual el muerto (el que iba a morir) se veía reflejado: el *speculum mortis*. Aterradora.

Y brotaron entonces, en ese espejo de la vanidad de la vida, las vanidades de la muerte. Las didácticas danzas macabras (aunque ya desde el siglo XIV un Concilio había prohibido, bajo pena de excomunión, bailar en los entierros). Los *Ars Moriendi*, que eran recetas para una buena muerte. Las tumbas con nombre propio, olvidadas desde diez siglos antes porque dentro de la entonces nueva doctrina del cristianismo los muertos no tenían por qué intervenir en los asuntos de los vivos. Las estatuas funerarias, yacentes, que son tal vez lo mejor de la escultura del Medioevo tardío. Y, naturalmente, los costos financieros de la muerte. Muchas grandes familias, y casi todas las familias medianas (los pobres no tenían con qué) se arruinaron pagando misas y limosnas a la Iglesia por el descanso de sus difuntos.

Aunque tal vez sería posible también señalar como protagonista del doloroso siglo XIII al alcohol. En el año 1300 el alquimista aragonés Arnaldo de Vilanova, que como todos los alquimistas del siglo buscaba la manera de convertir en oro los metales viles, descubrió el método de destilar el vino para hacer coñac. Y de ahí en adelante…

SIGLO XV

Nuestras vidas son los ríos que

Un siglo a la italiana

El siglo XV tiene nombre en italiano: *il Quattrocento*. No porque no sucedieran cosas fuera de Italia: al contrario, pasaban muchas, y en todas partes, en esa Europa que se desperezaba del largo bostezo oscuro de la Edad Media. Se cerraba el Oriente, con la caída de Constantinopla en manos de los turcos otomanos. Y a la vez se abría el Occidente con los descubrimientos de los navegantes portugueses, que culminarían a finales del siglo con el viaje de Colón al imprevisto Nuevo Mundo. Y dentro de Europa misma el caos reinante desde las invasiones de los bárbaros y la acometida del Islam se asentaba por fin en torno a los dos ejes que caracterizarían toda la Edad Moderna: el Estado-nación, y la lengua.

O mejor, *las* lenguas. Porque en latín —en mal latín— ya sólo hablaba la Iglesia. Incluso los reyes ingleses, casi cuatro siglos después de la invasión normanda, empezaban a hablar en inglés, como sus súbditos. Y Chaucer escribía poesía a la italiana y a la francesa, pero en inglés, y cuentos ingleses igualmente en inglés. El castellano brusco del Medioevo cedía paso a la elegancia de las serranillas del marqués de Santillana y de las coplas de Jorge Manrique. Y en un francés ya moderno, Villon cantaba las nieves de antaño y las damas de otros tiempos. En Bohemia se estabilizaba el checo con las reformas, no sólo religiosas sino ortográficas, de Jan Hus (a quien la Iglesia haría quemar en la hoguera). Para el alemán faltaba todavía un siglo, hasta Lutero.

En cuanto al Estado-nación, lo mismo: *los* estados-naciones, cuyas disputas políticas iban a reemplazar en adelante las puramente familiares y territoriales de los reyes. En España los Reyes Católicos conseguían la unidad peninsular, conquistaban el último reducto moro de Granada y expulsaban a los judíos, imponiendo un férreo centralismo regio que duraría medio milenio. Los de Francia se desembarazaban definitivamente de la presencia inglesa en sus territorios. Inglaterra se aislaba de los asuntos continentales y consolidaba su propia unidad tras las convulsiones de la guerra dinástica de las Dos Rosas. Para Alemania, como ya se dijo, faltaba Lutero.

Pero aunque los cambios fueran generales, el siglo XV es italiano, porque era en Italia donde se fecundaban y germinaban los nuevos tiempos. Aunque en lo político su territorio seguía dividido en innumerables principados y ciudades rivales, y despresado a zarpazos por las grandes potencias, tenía ya conciencia de su profunda unidad interna: ya desde el siglo anterior Dante podía consolarse de su exilio de Florencia sintiendo que vivía en la patria, menos traidora y más amplia, de la lengua italiana. Y a esa patria regresaban los papas tras el largo paréntesis del cautiverio francés de Aviñón: volvían a Roma, y ya serían italianos todos, para siempre (hasta la llegada, cinco siglos después, del polaco Wojtyla). Además, abandonaban en la práctica sus pretensiones de hegemonía teocrática para centrarse en los placeres más inmediatos del arte: construían palacios, iglesias, fuentes. El arte, como diría luego Michelet, estaba "menos vigilado".

Por ese terreno sin vigilar se iba a colar en Italia la antigüedad greco-romana, y por ese rodeo de la antigüedad entraría la novedad revolucionaria del Humanismo. El hombre, y no la teología, volvía a ser la medida de las cosas. A finales del siglo ya podía escribir Pico de la Mirandola un tratado que cien años antes lo hubiera llevado a la hoguera, sobre la Dignidad del Hombre *(De dignitate hominis)*, y decir tranquilamente en él cosas como ésta: "He leído, en los libros de los árabes, que no puede verse en el mundo nada más admirable que el hombre".

Tres herejías: el hombre como ser admirable, y no como simple receptáculo inmundo del pecado; los libros de los árabes, es decir, del infiel (y, aunque no los mencionara, había leído también a los judíos y a los paganos de Grecia y Roma); y, en fin, la más subversiva; *he leído*. En esa Italia del siglo XV en la que, por primera vez desde la caída del Imperio romano, hubo hombres capaces de leer sin mover los labios, la lectura no era ya un pecado contra el espíritu. El hombre se había librado de la tiranía de Dios.

Ese redescubrimiento del hombre de carne y sangre, al cabo de mil años de especulación teológica, provocó una renovación total de las artes, de las letras, de las ciencias. Conlleva el redescubrimiento de la naturaleza, por una parte, y de los demás, por la otra: es decir, de los antiguos y de los extranjeros. Implicaba que la curiosidad había sustituido a la fe. A eso se lo llamó el Renacimiento; y es —vale la pena subrayarlo— el único período de la historia que se ha dado nombre a sí mismo, en vez de esperar a que se lo dieran los siglos venideros. El Renacimiento fue una revolución cultural que lo impregnó todo, porque constituía una revolución de las mentalidades: las artes, las ciencias, las técnicas, la filosofía, las costumbres, las relaciones sociales, la política. Y, por supuesto, también la guerra: fue el desarrollo ya renacentista de la artillería, y no las iluminaciones y las voces todavía medioevales de Juana de Arco, lo que les dio a los franceses la victoria final en la Guerra de los Cien Años contra la invasión inglesa.

El Renacimiento fue el triunfo (siempre precario) de la razón en libertad sobre la revelación vigilada por la Iglesia. El triunfo de la voluntad humana sobre el mandato divino. Y eso se tradujo

en el atropellado surgimiento de nuevos jugos vitales en todos los aspectos de la vida humana. La navegación (se inventó el timón de popa). La pintura (se inventó el óleo, se descubrió la perspectiva). La política (Maquiavelo se dio cuenta de que no era divina, sino humana). La culinaria (en Florencia se inventaron las salsas). La moral (fueron redescubiertos Aristóteles y Platón). El dinero (es el siglo de los grandes banqueros: los Médicis de Florencia, los Fugger de Augsburgo). La concepción de la historia (no dirigida al retorno del Mesías, sino hecha por los hombres). El pensamiento filosófico (liberado por fin del yugo, que en realidad era un vacío, de la escolástica). Las clases sociales (aparece, en las ciudades italianas, o en las hanseáticas del norte de Europa, la burguesía). Todo se transformó, se renovó, se rejuveneció: renació.

Por eso, justamente, ese siglo XV, ese *Quattrocento* a la italiana, es el que marca el despegue objetivo, y no sólo voluntarista, de la civilización europea del Occidente con respecto a otras civilizaciones rivales. Mientras Europa daba un salto, ellas se estancaban en sus propias y largas edades oscuras, desde el Islam hasta la China, o iban a ser aniquiladas, como las del Nuevo Mundo americano, por la expansión europea, ya incontenible.

(Algún lector pensará que de todo este resumen del inmenso siglo italiano se queda por fuera Gutenberg, el orfebre alemán que a media-dos del siglo inventó la imprenta. Pero es que paradójicamente la imprenta no produjo al principio un avance, sino un retroceso cultural: no se usó para imprimir novedades, ni redescubrimientos de la Antigüedad, sino viejos libros medioevales: manuales de confesores, martillos de herejes y de brujas, vidas de santos. Y la *Summa Teológica* de Santo Tomás. Y, claro, biblias).

PICO DE LA MIRANDOLA
DE DIGNITATE HOMINIS

El huevo de Brunelleschi

El siglo XV está lleno de personajes portentosos. Gutenberg, que trae la revolución de la imprenta. Juana de Arco, que inventa sin saberlo el patriotismo moderno. Leonardo da Vinci, que encarna en su persona el ideal del hombre completo. Cristóbal Colón, que descubre el Nuevo Mundo. Y más: reyes, artistas, banqueros, inquisidores, astrónomos. Pero tal vez el personaje más influyente del siglo fue, no un hombre, sino una obra. La gran cúpula construida por Filippo Brunelleschi para la catedral de Santa María del Fiore, en Florencia.

La cúpula de Brunelleschi —arquitecto, escultor, inventor, poeta, matemático, orfebre, ingeniero: el *"primer artista moderno"*, lo llamó su contemporáneo Leon-Battista Alberti—, edificada entre 1420 y 1436, es una fábrica asombrosa, y que a los florentinos les pareció imposible. Un edifico que se sostiene sobre sí mismo, sin ayudas exteriores como contrafuertes, o arbotantes, ni interiores como pilastras o armazones. Que se apoya solamente sobre el cálculo matemático, como alzado a pulso por su propio arquitecto. Los constructores de las catedrales góticas nunca hicieron cálculos: confiaban en Dios. Con esa sola obra revolucionaria (aunque luego vendrían otras) Brunelleschi rompió de un tajo con mil años de tradición oscurantista cristiana para volver a las fuentes de la Antigüedad, y creó de un plumazo la nueva tradición de la racionalidad humanista.

Los florentinos no querían que esa cúpula increíble coronara la bella catedral que Arnolfo di Cambio había dejado sin terminar en el siglo anterior: su peso la hundiría. Se cuenta que, para convencerlos, Brunelleschi convocó en Florencia un congreso de arquitectos tradicionales —es decir, góticos— que le exigieron la presentación de un modelo. Sacó un huevo del bolsillo, y los invitó a ponerlo de pie. No pudieron. Brunelleschi se limitó a cascarlo suavemente por un extremo, y lo colocó erguido sobre la mesa: "¡Eso lo hace cualquiera!", se indignaron. Y replicó el revolucionario: "Pero

no se le ocurrió a ninguno”.

De ese huevo que puso Brunelleschi, de ese majestuoso y esbelto domo de teja con nervaduras de mármol que reconcilia el arte y la razón, lo bello y lo verdadero, nació el Renacimiento.

SIGLO XVI

¡Horror!: ¡más iglesias!

Es una gran confusión. Eso puede decirse de cualquier momento de la Historia, sí: pero para la nebulosa de la Cristiandad, el siglo XVI es un período esquizofrénico. En él se superponen y combaten la nueva libertad crítica del Renacimiento y la recaída en las pasiones oscurantistas de la religión. Pero pese al desorden, la hegemonía europea se afirma sobre el globo: si el continente suma apenas la quinta parte de la humanidad, económica y tecnológicamente equivale a la mitad del mundo. Y se lo hace saber a la otra mitad: deteniendo en el Este la expansión turca en la batalla naval de Lepanto; destruyendo en el Oeste los grandes imperios de los aztecas y los incas; desarrollando en el sur, ya en grande, la trata de esclavos africanos; estableciendo rutas comerciales a través del Índico y del recién descubierto Pacífico hasta el Extremo Oriente. Todo ello, claro está, justificado por la expansión de la Verdadera Fe. Así, si el papa Alejandro VI había repartido la posesión del Nuevo Mundo entre España y Portugal era con el pretexto de que lo evangelizaran. Un conquistador se lo explicó a un cacique de los indios zenúes, dejándolo estupefacto:

—Borracho tenía que estar ese Papa para andar repartiendo lo que no es suyo —protestó el indio. El conquistador lo hizo empalar, por blasfemo.

Fluía el oro de América hacia Europa, empapado en sangre de indios, bendecido por la Iglesia. Pero si enriquecía a algunos, la imprevista inflación que traía consigo también arruinaba a muchos: a la vieja nobleza, incapaz ya de hacer frente a las cada vez más poderosas monarquías absolutas apoyadas en la "última razón" de los reyes: los cañones. Hacer la guerra se había vuelto enormemente costoso —artillería, fortificaciones, flotas— y ya sólo podían permitírselo las más grandes potencias, endeudándose hasta las cejas con los banqueros de la naciente burguesía financiera. Carlos V aconsejaba a su hijo Felipe II, al cederle el poder: "Puesto que las cuestiones financieras son hoy las más importantes y las más graves del Estado, préstales la más grande atención". El viejo emperador tenía por qué saberlo: dos veces había entrado en bancarrota (como le ocurriría también a

Felipe), a pesar de haber sido, gracias al oro y plata americanos, el monarca más rico de la Historia.

El dinero, sin embargo, no se iba sólo en guerra. Se gastaba también en lujos. El impulso hedonista del Renacimiento siembra a Europa de palacios y de iglesias, concebidos y adornados por los más grandes arquitectos, escultores y pintores: el ya viejo Leonardo da Vinci, el pujante Miguel Ángel, el joven y perfecto Rafael, y los venecianos Tiziano y Tintoretto, y el Greco, veneciano de España, y los flamencos Brueghel y Van Eyck, y cien más. Aparecía el manierismo, arte de corte (ducal, papal, imperial). Florecía la literatura: filosofía, teatro, poesía. Se desbocaba el comercio, sostenido por las crecientes redes bancarias. Crecían las ciudades: no sólo ya París, Venecia y Nápoles (y Constantinopla), sino también Londres, Sevilla, Ámsterdam, Lisboa. El aumento demográfico fue rápido y constante en el siglo XVI (con la excepción de América, donde en esos cien años la población se redujo a la décima parte: de unos cincuenta millones de personas a unos cinco o seis; más que por las matanzas de la Conquista, por los virus y microbios que viajaban con los conquistadores). Y las investigaciones científicas, alentadas por la savia renacentista, desembocaron en una revolución: el astrónomo polaco Nicolás Copérnico mostró, a mediados del siglo, que la Tierra no era más que uno de los planetas que giran alrededor del Sol. El hombre, criatura favorita de Dios, no era ya el centro del universo.

Es revelador de la vivacidad que todavía tenía la tolerancia renacentista el simple hecho de que Copérnico no hubiera sido de inmediato quemado en la hoguera. Por mucho menos intentarían llevar a Galileo al cadalso medio siglo después.

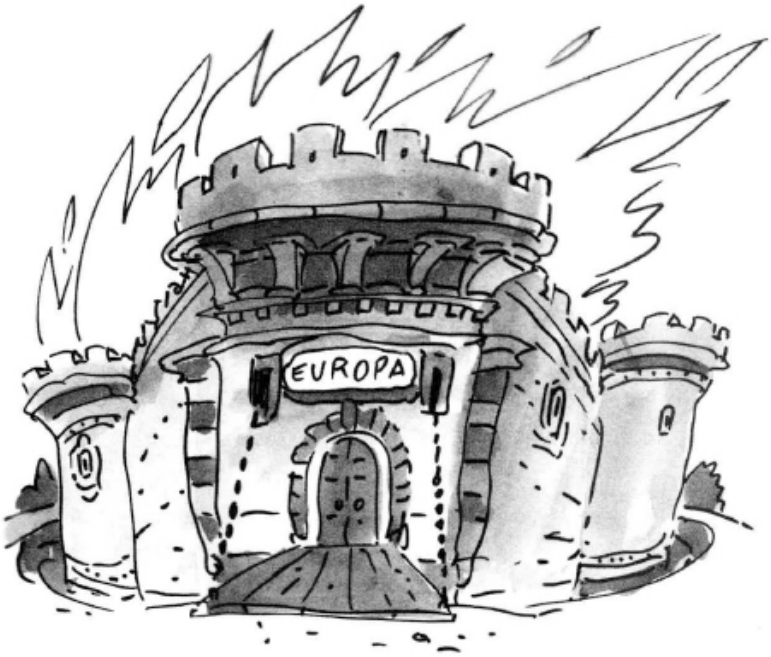
Y es que de ese mismo estallido de riqueza y de esplendor desatado por los nuevos descubrimientos geográficos y científicos y las nuevas ideas filosóficas, de esa misma efervescencia intelectual y económica que transformó la sociedad, surgió su antídoto retrógrado: la Reforma protestante de Lutero y Calvino, y la Contrarreforma católica del Concilio de Trento.

La Reforma fue provocada en lo inmediato por la desfachatada corrupción de la Iglesia de Roma, y en particular por la orgía de ventas de indulgencias destinadas a sufragar la construcción fastuosa de la basílica de San Pedro. Pero su causa profunda fue el deseo de poner coto a los desafueros de la libertad intelectual. Martín Lutero, un brillante monje alemán, prende la chispa de la rebelión en nombre del retorno a la ortodoxia: a la Sagrada Escritura, tomada literalmente como única fuente de conocimiento. Y su movimiento, que incendia a Europa desde las clases bajas de la sociedad (nunca tuvieron tanta influencia los púlpitos de las iglesias del pueblo), se transforma pronto en un instrumento en manos de los príncipes. Los escritos de Lutero, gracias a la ya desarrollada imprenta, se convirtieron en el primer gran éxito de ventas de Occidente: 300.000 ejemplares en tres

años, de 1517 a 1520. Y rompieron a Europa en dos. La del Norte, donde triunfaron sin esfuerzo las tesis reformadas y se fundaron iglesias nacionales bajo la férula del príncipe respectivo, único dueño de la libertad de conciencia: Enrique VIII de Inglaterra, los reyes Vasa de Suecia o cada potentado alemán *(Cujus regio,ejus religio)*. Y la del Sur, o de la Contrarreforma de Trento, en torno a la palabra de Roma y sostenida por las armas del Imperio español de los Austrias: España, Italia, Flandes, Austria, todo el sur de Alemania. Y Francia, desgarrada más que ningún otro país por las guerras de religión, pero que acabaría en el campo católico bajo el protestante renegado Enrique IV. En el sur, la Inquisición española e italiana cuidaba de la ortodoxia. En el norte lo hacían las hogueras de Calvino en Ginebra, o el verdugo de Enrique VIII en la Torre de Londres.

Se incendió Europa, y volvieron a matarse sus pueblos, llevados por sus curas y sus príncipes, por motivos tan abstractos y abstrusos como no se veían desde los primeros siglos de Bizancio: por la predestinación o por el libre albedrío, por la justificación por la fe o por la caridad, por la transubstanciación, por la comunión bajo dos especies, por el Padre, por el Hijo, por el Espíritu Santo, y por la Trinidad en su conjunto.

Finalizado el siglo, todas las potencias europeas parecían exhaustas. Pero no era así: apenas empezaba a desperezarse el capitalismo comercial.


EUROPA

Dos hombres de novela

Hubo grandes príncipes en el siglo XVI: el emperador Carlos V, el sultán Solimán el Magnífico. Santos impresionantes: Juan de la Cruz, Teresa de Ávila. Artistas asombrosos: Miguel Ángel, Rafael. Científicos visionarios: Copérnico, Vesalio. Reformadores religiosos: Lutero, Ignacio de Loyola. Pensadores: Erasmo, Montaigne. Guerreros: Hernán Cortés, Alejandro Farnesio. Poetas: Shakespeare, Tasso. Y quizás podría afirmarse que el más influyente personaje del siglo fue el oro, que cegó a Colón, destruyó a América y arruinó a España después de haberla llevado a dominar el mundo. Sin embargo, quienes mejor representan el momento de la aparición del individualismo moderno no son dos grandes hombres, sino dos individuos comunes y corrientes que, por añadidura, son inventados: Don Quijote y Sancho, los protagonistas de la novela de Miguel de Cervantes.

Puede haber reparos: el *Quijote* se publica ya iniciado el siglo siguiente, en 1605. Sí, pero el autor es un hombre del XVI. Luchó en Lepanto contra el turco, pasó hambre y cárceles en la España poderosa y miserable de la Inquisición y de Felipe II, murió pobre. Y en cuanto a sus criaturas, aunque crean vivir en una época imaginaria que nunca existió, la de la caballería andante, viven en realidad (y se trata de la primera novela realista de la literatura) en esa misma España prosaica de su autor: no entre princesas y dragones, sino entre curas y molinos de viento.

Diría Unamuno que caben más cosas en el *Quijote* que en la España del siglo XVI, y es verdad. Pero también caben menos: no cabe el mal. No existe en la obra de Cervantes, como sí en la de su contemporáneo Shakespeare, la presencia del mal. Tanto el "loco" don Quijote como el "cuerdo" Sancho Panza son hombres buenos, a quienes mueven el amor por las cosas y los seres del mundo; y el amor, y el respeto, del uno por el otro: la amistad subversiva entre el amo y el criado. Son hombres justos, dignos y, por eso, a veces sublimes y a veces ridículos, a veces trágicos y a veces cómicos. Hombres

comunes y corrientes. Como diría Jean Cassou, don Quijote y Sancho son “dos hombres dignos del nombre de hombres”.

SIGLO XVII

ESPAÑA

El discreto ascenso de la burguesía

Empieza el *Grand Siècle*, el Gran Siglo de Francia, la Francia de los Luises (XIII y XIV). O sea, el gran siglo del absolutismo de los monarcas, catastrófico para sus súbditos. Basta con ver que los estados de Alemania, que participaron en casi todas las guerras europeas del período, perdieron un tercio de su población. Pero, eso sí: ¡qué palacios!

El poderío español se derrumbaba en una lenta decadencia con chisporroteos de oro (la pintura de Velásquez, la poesía de Góngora y de Quevedo) en las débiles manos de los últimos reyes de la casa de Austria: reyes cazadores, melancólicos, indolentes, incapaces. Bajo sus validos corruptos se sublevaban los reinos, se perdían las guerras. En Inglaterra, al esplendor de los Tudores sucedía la torpeza de los Estuardos; y el choque entre el Parlamento y el rey desembocaba en la dictadura militar de Cromwell y en una "revolución" burguesa ante la indiferencia de una nueva dinastía importada de Alemania. En Italia sólo sobrevivía el derroche barroco de los papas, odiados por sus súbditos y sostenidos por la fuerza a la vez subterránea y jactanciosa de los jesuitas. Sobre ese paisaje de general mediocridad se impuso el peso demográfico, militar, político y cultural de Francia, encarnado en el interminable reinado de Luis XIV: un rey que, para dolor de sus amas de leche y en general de todos sus contemporáneos, tuvo el curioso privilegio de nacer con los dientes tan desarrollados como los de un niño de un año: quería morder.

El apaciguamiento de las guerras de religión, logrado por Enrique IV a finales del siglo XVI, permitió que en el XVII dos eficaces ministros, los cardenales Richelieu y Mazarino, dedicaran las energías de Francia a hacer de su rey "el monarca más poderoso del mundo": es decir, a conquistar Europa. No fue posible en lo geográfico, pese a las muchas guerras emprendidas y en general ganadas. Pero al finalizar el siglo el éxito había sido rotundo en todos los demás aspectos. Richelieu, Mazarino, y luego Luis XIV sin intermediarios, consiguieron mediante una mezcla de organización militar moderna (el primer ejército

profesional, la primera flota permanente) y habilidad diplomática, la preponderancia francesa en todos los aspectos de la vida europea, desde la moda vestimentaria, pasando por el teatro, hasta la política dinástica. Cuando terminó la Guerra de Sucesión española con la instalación en el trono de Madrid de un nieto de Luis XIV, había reyes de la casa de Borbón en la mitad de las cortes de Europa.

Salvo en la economía. El asfixiante centralismo arbitrista de los Luises permitió el despegue de economías más ágiles y libres en países de un peso específico menor, como Inglaterra y Holanda. Las ciudades de Londres, Amberes y Ámsterdam controlaban el comercio mundial, y sobre esa base empezaron a construir grandes imperios marítimos a la escala del globo: en

América del Norte, en el Caribe disputado a España, en Indonesia, en la India. La Europa protestante del norte, más libre (a pesar de la multiplicación de las sectas, fanáticas pero débiles), tomó ventaja en la carrera por el dominio mundial sobre la Europa católica del sur, lastrada por el peso de una Iglesia monolítica. Las fuerzas de la modernidad, que iban a transformar el mundo en los siglos siguientes, se forjaron en el norte, no en el sur: la burguesía y el capitalismo.

Dos grandes procesos jurídicos ilustran esta situación, En el sur, el del astrónomo Galileo por el Santo Oficio, en 1633. En el norte, el del rey Carlos I de Inglaterra por el Parlamento, en 1648. En el primero, la Iglesia romana impuso su autoridad sobre la razón: Galileo, bajo la amenaza de la tortura, tuvo que retractarse de una afirmación que para entonces era ya evidente para todos los científicos de Europa: que la Tierra giraba alrededor del Sol. En el segundo, el interés de los súbditos impuso su razón sobre la autoridad divina de los reyes, y Carlos I fue decapitado. No había hecho nada distinto de lo que hacían en ese mismo momento sus contemporáneos de Francia, de España, de Suecia o de Austria: pretender gobernar según su real gana. Pero los términos de la sentencia no podían ser más claros: en calidad de "tirano, asesino y enemigo público", fue condenado a muerte "por alta traición y otros crímenes contra Inglaterra". Mientras la razón científica era aplastada en el sur, la razón política triunfaba en el norte.

Pero las terquedades de la fe, aunque seguirían dando tremendos coletazos en el curso de la historia, recibieron en ese siglo XVIII dos grandes golpes propinados por la razón humana. El de René Descartes, filósofo francés refugiado en Holanda, cuyo *Discurso del método* (1637), que establecía la prioridad del sujeto pensante sobre el objeto pensado, fue atacado con rara unanimidad por todos los teólogos, tanto católicos como protestantes, pero se impuso como fuente de la filosofía moderna sobre toda escolástica. Y el de Isaac Newton, matemático inglés cuyas *Principia Mathematica* (1687) abrieron el camino para la comprensión científica de la totalidad del mundo físico.

EPPUR
SI MUOVE

Versalles: el poder y la gloria

Luis XIV, el Rey Sol de Francia, no fue el mejor gobernante de su tiempo, pero sí el más poderoso. Y su tiempo fue larguísimo: durante 72 años —desde que subió al trono recién cumplidos los cinco de su edad hasta su muerte en 1715— ejerció lo que él llamaba "su oficio de Rey" concentrando en su propia persona todos los poderes del Estado. Y así como el Estado era él —*"L'État c'est Moi"*—, así su fastuoso palacio de Versalles fue la encarnación física del concepto abstracto de la Monarquía Absoluta. Por eso lo copiaron todos los soberanos de Europa, de Lisboa a San Petersburgo y de Estocolmo a Nápoles, y hasta en las más modestas cortes de provincias alemanas o checas (en las cuales se hablaba, por supuesto, en francés).

Cuando Luis XIV decidió instalar allí su residencia, Versalles era un arenal estéril sin más ventajas que la de estar situado lejos del odiado populacho de París. Encerró en él, como en un aprisco de oro, a sus nobles y a sus poetas, a sus mujeres y a sus amantes, a sus jardineros y a sus músicos. Y cuando murió, 45 años más tarde, rodeado por los nietos de sus amantes y de sus arquitectos, se había convertido en una ciudad de 100.000 habitantes en cuyo centro se alzaba y se expandía vertiginosamente un descomunal palacio de estilo "renacentista romano" (estilo Luis XIV), construido por Le Vau, decorado por Le Brun, ajardinado por Le Nôtre.

Más que un palacio: todo un mundo. Una desmesurada inmensidad de piedra y mármol con tejados de pizarra dorada donde los duques asistían zalameros al *lever du Roi* y los lacayos con peluca hacían sus necesidades en las escalinatas a la vista de los 375 ventanales de la espléndida fachada. Galerías, corredores, terrazas, patios, escaleras, antecámaras, cámaras, salas de esgrima y de billar y de gobierno y teatros y salones de baile y espaciosas galerías de espejos donde el rey podía verse a sí mismo reflejado al infinito. Bustos de mármol, guirnaldas y coronas de estuco, techos pintados, tapices, alfombras, cuadros, mesas, sillas, cortinas de damasco,

bajorrelieves, relojes, porcelanas, aguamaniles de plata afiligranada: cuando vino la Revolución, un siglo después, y pasados los primeros días de saqueo, se hizo una subasta de muebles y de objetos que duró un año completo, de agosto de 1793 a agosto de 1794. Y, en torno, vastos jardines: setos, avenidas, glorietas, bosquecillos, pabellones de caza y de placer, estanques, canales, fuentes adornadas con estatuas alegóricas de mármol y de bronce y de plomo dorado, y surtidores. Hasta 1.400 surtidores de 20 metros de altura llegó a instalar el jardinero Le Nôtre sobre un prodigioso laberinto de cañerías y canalizaciones subterráneas que traían a Versalles aguas desviadas de los ríos Sena y Eure. Hoy sólo funcionan los domingos.

El palacio de Versalles, frívolo y ostentoso, representaba la *Grandeur de la France*, como en el siglo anterior el monasterio

de El Escorial, severo y sombrío, había representado la Grandeza de España. Y tal vez sobre decir que la *Grandeur* de Luis XIV dejó arruinada a Francia, como había arruinado a España la Grandeza de Felipe II.

SIGLO XVIII

CASANOVA

La razón y la revolución

Cuántos nombres posibles para el largo, rico, variado, complejo y contradictorio siglo XVIII. El Siglo de la Crítica, lo llamó Immanuel Kant, el filósofo que llevó la crítica a su extremo. Y fue todo él un siglo plagado de filósofos. El Siglo de las Luces, en el que la Razón creyó triunfar definitivamente sobre el oscurantismo de la Religión; pero el resultado, contradictorio hasta el absurdo, fue que los revolucionarios franceses no vacilaron en erigir altares para adorar a la Diosa Razón. Los revolucionarios: es, en efecto, el siglo de la Revolución en el que triunfan la norteamericana de 1776 y la francesa de 1789: la Gran Revolución Burguesa.

¿El Siglo de la Burguesía, entonces? Sí, pero también el del Despotismo Ilustrado, benévola entelequia en la que por arte de birlibirloque se ha convertido el malévolo Absolutismo de la centuria anterior: el siglo de Catalina de Rusia y María Teresa de Austria y Federico de Prusia, los amigos de Voltaire. Porque, claro, es también el siglo de Voltaire, cuya cabeza de diablo se ve asomar por todos los recovecos: un filósofo escéptico y sardónico, que pensó sobre todo, escribió sobre todo, influyó sobre todo, y, a fuerza de criticar sin descanso todo el edifico social, alcanzó un reconocimiento social como ningún intelectual había conocido jamás: los déspotas ilustrados, esas fieras, iban a comerle en la mano. Es el siglo de la Paz Perpetua (la idea fue de Kant) y de la guerra permanente (la idea fue de los reyes).

Y es el siglo de la Educación —los enciclopedistas, el revolucionario *Emilio* de Rousseau—, pero también el de la Reacción: todas esas veleidades fueron condenadas por las autoridades. Cuando apenas despuntaba el siglo siguiente, en 1802, ya podía Chateaubriand en *El genio del cristianismo* echar otra vez al vuelo las campanas de la nostalgia oscurantista. Es un siglo en el que coexisten la lágrima fácil de la literatura —Goethe publica *Los infortunios del joven Werther*— y el ojo seco de la economía política —Adam Smith publica *La riqueza de las naciones*—. Porque, ah, sí: es el siglo de las Naciones, pese a que se alaba el cosmopolitismo aventurero (el siglo de Casanova). Inglaterra es ya la primera potencia mundial, aunque las

agitaciones de Francia mantengan su protagonismo, y se consolidan Prusia y Rusia, y en América nacen los Estados Unidos. Es el siglo de la Naturaleza, gran inspiradora de los pensadores: la naturaleza era racional, la razón es natural: lo cual desembocaba en el *whatever is, is right* (lo que existe está bien) de Pope y en "el mejor de los mundos posibles" del que se burlaba en su *Candide* Voltaire. Un siglo optimista, aunque atroz. A la vez idealista y materialista, que inventó el mito del Buen Salvaje al tiempo que creaba en la práctica al miserable proletario.

Porque es el siglo de la Revolución Industrial. El siglo de las Máquinas (Watt inventó la de vapor, la más prolífica de las transformaciones, en 1768), que iban a transformar para siempre —para bien y para mal— las relaciones humanas. Y quizás sea el siglo de una sola máquina: la guillotina, ingenioso mecanismo que de un tajo, en la persona del rey Luis XVI de Francia, le cortó la cabeza a todo el *Ancien Régime*.

Porque una cosa lleva a otra, engarzándose dialécticamente la

acción y la reacción. La Razón triunfante de los filósofos se condensa en el despotismo ilustrado, que es la racionalización totalizante del Estado. El modelo era Federico II de Prusia, el rey filósofo y francmasón, que en 1740 sucedió a su padre, el brutal y ahorrativo Rey Sargento; el generoso Federico, a su vez, era el padre de la felicidad de su pueblo y el faro de la ilustración de Europa; pero ponía todos los recursos de su pueblo, y los de la ilustración, al servicio de la grandeza militar de Prusia. Y la acción combinada del trabajo de zapa de la crítica y de los excesos del despotismo conduce a la Revolución, en nombre de la felicidad y de la libertad.

Decían los revolucionarios norteamericanos del 76, en el texto de la Declaración de Independencia, que el hombre tiene derecho a la búsqueda de la felicidad. Los revolucionarios franceses del 89, en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, afirmaban los principios que guiaban su causa: la libertad y la igualdad, que, con el añadido de la fraternidad, serían el lema de la República. Falsas esperanzas: la mesa estaba servida para el banquete de sangre de las guerras napoleónicas.

La subversión de la a a la zeta

Todo el mundo el mundo quería aprender, en ese siglo XVIII que iba a llamarse "de la Ilustración" y "de las Luces". Algún ilustrado de la época señalaba, entre alarmado y protector, que "hasta las mujeres querían instruirse". Se multiplicaban los diccionarios, los manuales, los resúmenes, los "espíritus" (de las Leyes, de las Naciones, etc.), porque la instrucción, además de universal, debía ser fácil, rápida, y portátil. En ese sentido, el siglo XVIII sigue siendo el nuestro.

La *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert, publicada entre 1751 y 1780, no fue ni mucho menos la única, pero sí la más célebre de las muchas empresas de erudición vulgarizadora del siglo. Y la más influyente, tanto por su contenido —además de informar, aspiraba a orientar la opinión— como por las peripecias que rodearon su concepción, su ejecución, su publicación y su caudalosa circulación. La *Enciclopedia* (o *Diccionario Razonado de las Ciencias, las Artes y los Oficios*) quería ser un resumen del conocimiento humano. No llegó a conseguirlo. Pero sí fue un resumen de ese siglo XVIII ávido de resúmenes.

Fue una empresa europea: aunque concebida en Francia, y redactada por los más brillantes *esprits* de la época, su modelo fue un diccionario inglés; tuvo que terminar de imprimirse en Suiza; se refugió de las persecuciones en Prusia y Rusia; y fue imitada, traducida y pirateada en todas partes: aun antes de que hubieran sido redactados los 35 tomos de la edición definitiva, ya había ediciones de la *Enciclopedia* en Ginebra, en Ámsterdam, en Siena, en Nápoles, en Londres y en San Petersburgo. Fue una gigantesca aventura literaria, editorial y finalmente política, que irradió por toda Europa las ideas de la subversión "ilustrada" contra la autoridad, tanto real como eclesiástica, cuya consecuencia final iba a ser la Revolución Francesa.

Porque el influjo de los enciclopedistas preparó, en el aspecto intelectual, la efervescencia política y social de finales del siglo. Aunque sus artículos de tema más espiritual ("Cristianismo" o "Monarquía") eran deliberadamente cautos (y además, a partir del tomo de la "I", fueron clandestinamente censurados por el impresor), toda ella destilaba hostilidad al dogma y a la autoridad. Era socialmente subversiva: incluía los oficios artesanales (sombrerero, tejedor, relojero) en un pie de igualdad con los de obispo, terrateniente o filósofo. Era políticamente subversiva: no sólo porque pretendió ser una empresa privada de una *societé de gens de lettres* resueltamente al margen del Estado y de la Iglesia, sino porque anteponía al hombre como objeto de estudio sobre Dios y sobre el Estado. Así, la Teología no es más que un artículo que figura bajo la letra "T", y el Rey es sólo una suma de derechos y obligaciones funcionariales perdida en el tomo de la "R", entre la Razón y la Rueca de

hilar. En el artículo “hombre” se dice de él que es libre, y ni siquiera se menciona el detalle de que fue creado por Dios.

No es de extrañar, pues, que la *Enciclopedia* fuera prohibida por las autoridades desde la aparición de su segundo tomo, y encarcelados sus autores; y luego dejados en libertad; y luego incautadas las pruebas de imprenta. El rey Luis XV, que la había prohibido, la autorizó nuevamente cuando descubrió encantado —según cuenta Voltaire— que en ella figuraban prerrogativas de su corona que él mismo desconocía. Pero por su parte la iglesia procedió a excomulgar a todo el mundo, autores, impresores y lectores, porque el libro “contenía doctrinas y proposiciones falsas, perniciosas y escandalosas, conducentes a la incredulidad y al desprecio de la Religión”.

Los editores de la *Enciclopedia* hicieron una fortuna. Sus autores no.

XIX

Progreso y capitalismo

El gran desorden revolucionario abierto en 1789, que desbarajustó a toda Europa con las guerras de la Revolución francesa, del Consulado y el Imperio, se cerró con la derrota de Napoleón en Waterloo en 1815. Y entonces, con el Congreso de Viena y las restauraciones monárquicas —pero de unas monarquías crecientemente constitucionales y burguesas— pudo empezar en paz el siglo XIX. Iba a durar —aunque desfasado en quince años con el sistema decimal— un siglo exacto: hasta la Primera Guerra Mundial.

¿Dije, "en paz"? Fue un período, como todos, lleno de guerras, y por todos los motivos imaginables. Las de la independencia de la América española (que caería luego, como vaticinó lúcidamente el Libertador Simón Bolívar, en manos de "tiranuelos imperceptibles de todos los colores"). Las del opio en China (para obligar a los chinos, como explicó virtuosamente el presidente norteamericano John Quincy Adams, a "cumplir el mandamiento cristiano del amor al prójimo": es decir, a abrir sus mercados a los productos de Occidente, en particular el opio inglés). La de Secesión de Estados Unidos (por la abolición de la esclavitud; o, más exactamente, para someter el Sur esclavista, rural, feudal y librecambista al Norte industrial, capitalista y proteccionista). La franco-prusiana de 1870 (para desfogar las energías demográficas, militares y económicas de la Alemania recién unificada). Las guerras coloniales en Asia y África (para llevar el progreso: pues el progreso, la fe en él, su realidad y su ilusión, fueron el motor del siglo XIX).

Para tantas guerras sólo faltó un pretexto: la religión. Es el único siglo de la historia de Occidente en que no hubo derramamientos de sangre en nombre de Dios. Incluso pudo verse, como en la guerra de Crimea, el insólito caso de potencias cristianas aliadas con el infiel: Inglaterra y Francia con Turquía contra el cristiano zar de Rusia. El XIX es un siglo laico: el único de este milenio. Libros tan provocadores y desafiantes de lo establecido como *La evolución de las especies* de Darwin o *La vida de Jesús* de Renan pudieron publicarse sin despertar otra cosa que

debates intelectuales: no mataron a nadie.

También es un siglo de revoluciones. Políticas unas, de inspiración democrática, liberal y burguesa, que sacudieron Europa desde los Balcanes hasta España. Nacionalistas otras, en Italia y en Europa central. Y sociales: en 1848 la revolución social estalló en Francia y en pocas semanas se propagó espontáneamente por toda Europa. Salvo en la periferia (España, Rusia y Gran Bretaña) cayeron como naipes todos los gobiernos, en lo que se llamó "la primavera de los pueblos". Pero el brote revolucionario duró sólo una primavera: seis meses más tarde había fracasado en todas partes y habían sido restaurados todos los regímenes derrocados; salvo en la propia Francia, donde sin embargo un par de meses más tarde Luis Napoleón iba a demostrar que el temido sufragio universal es tan inofensivo que sirve hasta para proclamarse emperador. La burguesía había dejado de ser revolucionaria para convertirse en la clase del orden.

Y es un siglo de expansiones. La más preñada de futuro, la de Estados Unidos para ocupar de costa a costa su vasto continente casi deshabitado, conquistando el Oeste mediante el exterminio de los indios aborígenes y redondeándose por el Sur en la guerra contra México. Y tal vez la más cruel, la expansión colonial europea en la India, el sureste de Asia, la totalidad de África. Sólo el Japón pudo resistir el empuje occidental — mediante el recurso de imitar en todo a Occidente, desde los telégrafos hasta la administración de justicia; poco después lo imitaría también en el imperialismo.

El motor de todo eso fue, ya se dijo, el progreso. El progreso industrial basado en modos de producción industrial capitalista, creados éstos a su vez por el desarrollo económico mismo. El movimiento partió de Inglaterra, que desde su "revolución burguesa" de finales del XVII contaba con la ventaja de una estabilidad política interna no alterada ni siquiera por la Revolución de Francia y las guerras napoleónicas, así como con una ágil red bancaria: Londres era ya, desde hacía un siglo, la capital económica del mundo. La industrialización textil primero (por primera vez en la historia los pobres pudieron comprar ropa), y luego el desarrollo de la industria pesada debido a los ferrocarriles y a la construcción naval, le dieron al capitalismo inglés un impulso gigantesco, a la vez causa y consecuencia de la

expansión colonial con la brutal apertura de los mercados de India y China. Así, a mediados del siglo se desató un auge económico prodigioso, que se contagió a Francia y Alemania bajo sus burguesías triunfantes y —en consecuencia— partidarias del orden, y luego a Estados Unidos, y hasta a la profunda Rusia rural y todavía feudal. Un auge como no se había conocido jamás en la historia, y que cambió la faz del mundo. El positivista Auguste Comte dictaminaba encantado que la sociedad industrial había sustituido a la sociedad militar de toda la vida, y se atrevía a pronosticar que sería pacífica.

Se equivocaba. Como resultado de la industrialización surgió una nueva clase, el proletariado. Que iba a ser ella sí, según aseguraba confiado el socialista Karl Marx, el agente colectivo de la revolución definitiva y de la felicidad humana. Pero entre tanto cundía la infelicidad en las descomunales ciudades proletarias creadas por la industrialización. Novelistas como Dickens, Balzac y Víctor Hugo describían esa infelicidad de la nueva miseria social producida por la nueva riqueza capitalista. Pensadores políticos como Proudhon, Lasalle o el propio Marx se esforzaban

por encontrarle una salida, y bajo la dominante ideología burguesa del liberalismo empezaba a cuajar otra, la del socialismo. No sólo en la teoría, sino en la práctica. Marx no sólo escribía su famoso panfleto, el "Manifiesto Comunista" de 1848, sino que fundaba la Internacional Socialista. Crecían los partidos obreros. En Inglaterra se formaban las Trade Unions: los sindicatos. En 1870, provocada por la caída del Segundo Imperio francés en su guerra contra Prusia, brotó como una llamarada la Comuna de París: una revolución proletaria y socialista que fue inmediatamente ahogada en sangre, pero que se convertiría en el símbolo de la esperanza obrera y en la pe sadilla del orden burgués: las cosas podían cambiar. Por eso ha podido decirse que en 1914 Occidente estaba "tan al borde de la guerra como del socialismo". El siglo XIX sabía que iba morir.

Una señora gorda

Napoleón Bonaparte fue un incendio: redujo a toda Europa a sangre y fuego, sometió a sus reyes, impuso a sus pueblos, por la fuerza, los principios de libertad de la Revolución Francesa. Y fue finalmente detenido en 1815 por el patriotismo de los pueblos —España, Rusia— y la Santa Alianza de los monarcas. La suya fue, según el romántico Chateaubriand, *"la última de las grandes existencias individuales"*. Asombrosa, en efecto: la historia de un modesto artillero corso que, por la fuerza de su genio militar y político, llegó a ser Emperador de los franceses y árbitro de Europa. *"Quel roman que ma vie…!"*, comentaría él mismo en su destierro de la isla de Santa Helena: "¡Qué novela la de mi vida!". Una vida de novela, pero no del siglo XIX: fue la vida de un XVIII.

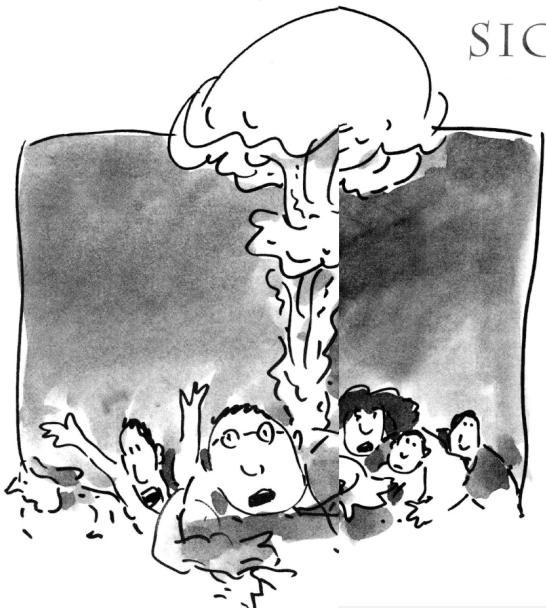
Karl Marx fue un profeta. Un modesto profesor alemán de filosofía que decidió nada menos que "cambiar el mundo" con sus escritos teóricos y su predicación panfletaria y tuvo una vida oscura y llena de necesidades y fracasos, clamando en vano por la organización de los trabajadores para imponer el socialismo científico. Su obra, sin embargo, iba a cambiar efectivamente el mundo. Pero no en su siglo XIX, sino en el XX, cuyas innumerables guerras y revoluciones iban a hacerse en nombre del marxismo o contra el marxismo.

Ni Napoleón, pues, ni Marx: ni el aventurero del poder ni el profeta de la utopía representaban a cabalidad el siglo XIX. Este se desarrolla a la sombra inmensa de una señora gorda y sedentaria, completamente insignificante, que no hizo nada ni pensó nada y careció de modo casi inverosímil tanto de cualidades como de defectos, tanto públicos como privados. Se llamaba Alejandrina Victoria, y como resultado de una serie de azares dinásticos se convirtió en reina del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y Emperatriz de la India. Bajo su larguísimo reinado —de 1837 a 1901— se expandió el Imperio británico por los siete mares y los cinco continentes: desde la India hasta Irlanda, desde Australia hasta Egipto, desde Canadá hasta África del Sur, desde… en fin: por el

planeta entero, tanto en lo político como en lo industrial, tanto en lo militar como en lo científico, tanto en, en… en fin: en todo.

Napoleón les dio su nombre a unas guerras: las guerras napoleónicas. Marx le dio el suyo a una doctrina, y casi a una iglesia: el marxismo. Victoria, que no era nada por sí misma, se lo dio a toda una época.

SIGLO XX



X
Y

Resumen del horror

¿Socialismo o guerra? Las dos cosas. Guerra por el socialismo, y contra el socialismo, tanto entre las clases sociales —veinte revoluciones— como entre los países —cincuenta guerras nacionales en todos los continentes, sin contar el oscuro nublado de la Guerra Fría entre las superpotencias con su amenaza universal de destrucción nuclear—. El siglo XX empezó en guerra y terminó en guerra. Desde los Balcanes, donde en 1914 estalló la Gran Guerra europea con el pretexto fútil del asesinato de un archiduque austríaco por un oscuro anarquista; hasta los Balcanes, donde en 1999 se desarrolló no la última, sino la más reciente guerra yugoslava: la de Kosovo, para la cual la hipocresía de la "comunidad internacional" se atrevió a inventar el calificativo de "humanitaria".

Cuando en octubre de 1917, en las calles de San Petersburgo, Lenin y Trotsky desataban la revolución roja para engendrar un mundo nuevo entre millones de cadáveres, en las trincheras de Francia se enterraba —entre millones de cadáveres— el mundo viejo del siglo XIX, en la sangría humana más espantosa de la historia. Después vendrían otras peores. Pero ésta era "la guerra para acabar con las guerras", como afirmaba el ingenuo presidente norteamericano Woodrow Wilson; la *"der des der"*, como cantaban confiados los soldados franceses: "la última de las últimas". No fue así. Por eso se llama la Primera Guerra Mundial.

Este ha sido, en palabras del filósofo Isaiah Berlin, "el siglo más terrible de la historia occidental". Es decir, universal. La empresa de conquista iniciada en el siglo XI con las Cruzadas contra el infiel concluye con la globalización de la economía, con la imposición de la democracia a cañonazos y con la hegemonía mundial de Estados Unidos, de todo lo cual se puede informar cualquiera a través de Internet, la red planetaria de comunicación electrónica. ¿Cualquiera? No, la mitad de la humanidad vive en la pobreza. Y esa pobreza es el caldo de cultivo de las pasiones primitivas de la religión y la raza. Por entre las costuras mal ajustadas de la aséptica globalización tecnológica supura de nuevo la Edad Media.

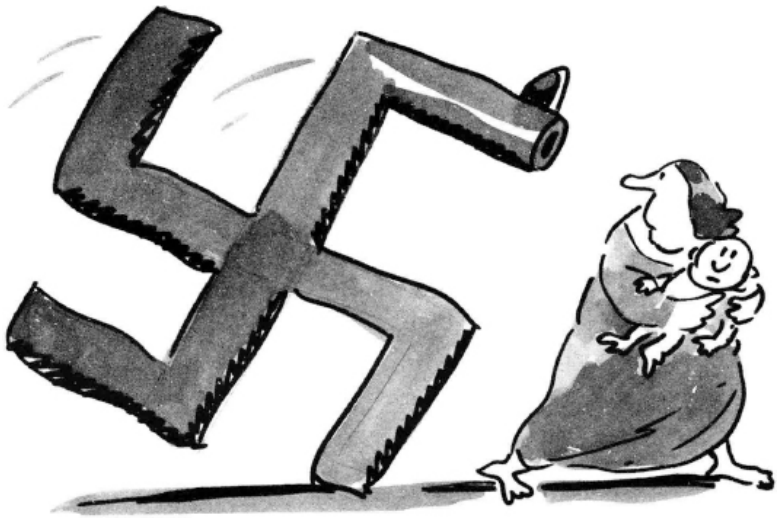
El terrible siglo XX se puede condensar en media docena de nombres de horror. Verdun, el gran osario de la Primera Guerra, con su millón de muertos; Guernica, la pequeña ciudad vasca bombardeada por la aviación alemana en la guerra de España, primer ensayo de la *guerra total* moderna; Auschwitz, el campo de exterminio nazi en Polonia que simboliza el holocausto de los judíos; Stalingrado, la inmensa carnicería que detuvo en Rusia la máquina alemana de conquista; Nankin, flor de vergüenza del imperialismo japonés en China; Hiroshima, la ciudad japonesa aniquilada por la primera bomba atómica norteamericana. Son nombres de ciudades, no de batallas: la guerra, en este siglo XX, se ha hecho contra los civiles sin armas.

Y un nombre más, que en realidad es una sigla burocrática en ruso: Gulag. La cadena de campos de trabajos forzados del llamado "socialismo real": la negación totalitaria de una utopía de liberación.

Para esos pocos nombres, muchas guerras. El siglo XIX se cerró en 1898 con la "espléndida guerrita" (Teodoro Roosevelt *dixit*) con la que el nuevo imperio norteamericano estrenó sus fuerzas arrebatándole a España Cuba y las Filipinas. La enumeración de las que siguieron en el siglo XX, aun a grandes saltos, va a ser larga.

La primera Mundial, en la que participaron todas las potencias de la época, y que deshizo a casi todas ellas. La Revolución mexicana: de todas las revoluciones sociales, la primera en ser traicionada. La revolución rusa (y la consiguiente guerra civil), rendija de esperanza que muy pronto acabaría convirtiéndose en un faro de tinieblas. La guerra de España, preludio de la expansión de los fascismos totalitarios. La segunda Mundial, universal de veras, librada en todos los continentes y en todos los océanos, en el aire, en la tierra y en el mar; y en las conciencias. Las invasiones imperialistas del Japón y su inmediata consecuencia: la revolución maoísta en China, que despertó a un coloso dormido durante medio milenio. Las guerras de la descolonización en Asia y África, con su largo epílogo de incontables y sangrientos enfrentamientos civiles o entre países vecinos. La interminable guerra entre los árabes e Israel, inesperado corolario del holocausto nazi de los judíos de Europa. La guerra de Corea, primera del equilibrio bipolar entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. La revolución cubana,

primera rebelión nacionalista contra el poderío de los Estados Unidos en el hemisferio americano. La guerra del Vietnam, primera en que el imperio norteamericano no salió victorioso, y su secuela atroz, el genocidio camboyano. La guerra rusa de Afganistán, primera en que el imperio soviético fue derrotado, y las guerritas civiles de América Central, últimos reflejos de la Guerra Fría entre las dos superpotencias.



Y finalmente las guerras religiosas (entre Irán e Irak, entre la India y Pakistán); o étnicas (las de la disolución de Yugoslavia, la de hutus y tutsis en África); o prácticas (la del Golfo por el petróleo, la de los Andes por la cocaína); o nacionalistas (la de Bangladesh, la de Sri Lanka, la de Irlanda, la del País Vasco, la de Córcega, la de Chechenia). El siglo XX ha sido una vasta lección de geografía, escrita con sangre humana.

Todas esas guerras, matanzas y genocidios —salvo los de la primera y última década del siglo— fueron en realidad episodios de un solo gran conflicto ideológico: el de la ilusión del socialismo contra la realidad del capitalismo, encarnados en dos grandes bloques militares, políticos y económicos que durante ochenta años se dividieron por mitad el mundo. De un lado, el campo llamado "socialista", encabezado por la Unión Soviética y constituido en realidad por una heterogénea mescolanza de regímenes dictatoriales de partido único; del otro lado, el llamado "mundo libre", aún más heteróclito: democracias europeas, dictaduras militares latinoamericanas, regímenes fascistas (España, Portugal, Grecia), agrupados en torno a los Estados Unidos. Ese conflicto culminó con el triunfo final del capitalismo; o, mejor, con el hundimiento interno del socialismo, simbolizado por la caída del Muro de Berlín que partía en dos a Europa. A partir de 1990 del campo socialista no quedaba ni Rusia, entregada a las formas más salvajes del capitalismo primitivo. Y sólo sobreaguaban, al menos en el nombre, la pequeña Cuba, que es una balsa a la deriva; Corea del Norte, convertida en una satrapía militar hereditaria; y la inmensa China forjada por la revolución campesina de Mao Tsé Tung y el pragmatismo económico de su sucesor, Deng Xiao Ping. (Para más información sobre la China, ver siglo XXI).

Pero ese largo enfrentamiento a muerte entre los dos sistemas ideológicos y económicos fue interrumpido, a la mitad del siglo, por una pausa elocuente: la de la Segunda Guerra Mundial. En la cual la alianza entre la unión Soviética comunista de Stalin y la Europa y la América capitalistas contra el nazismo alemán que amenazaba por igual a la una y a las otras dio un resultado paradójico: el comunismo salvó al capitalismo en los campos de batalla. Y por añadidura le proporcionó el instrumento para transformarse y perdurar: el miedo a la rebelión de las masas. Miedo que, evaporado en 1990 el espectro comunista, ya no

existe. Con la consecuencia final, más paradójica aún, de que hoy es el espíritu del fascismo, físicamente derrotado, el que impera en el mundo: el fascismo ganó las guerras del siglo.

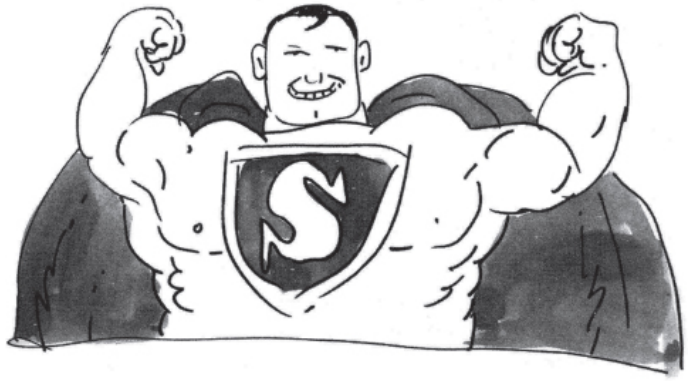
Un estremecedor diez por ciento de la población mundial pereció en ellas. Un diez por ciento de la población que existía al comenzar la centuria. Porque una explosión demográfica sin precedentes en la historia, favorecida por el aumento de la longevidad y la reducción de la mortalidad infantil, ha quintuplicado en este lapso el número de los seres humanos. Un número tal que, por su propio peso, pone en peligro la supervivencia misma del planeta: si los pobres llegaran a consumir y destruir tanto como lo hacen los ricos, la Tierra no aguantaría.

Aunque quizás no hayan sido los horrores políticos, ideológicos y bélicos, con su secuela de retroceso moral de la humanidad, lo más característico de los últimos cien años. Sino los progresos científicos y técnicos (y en ciertos aspectos inclusive espirituales) que no tienen parangón con los registrados en los cinco o siete mil años anteriores de la historia humana. Queda, pues, la promesa. Y la esperanza es terca.

El superhéroe

Sin duda el siglo XX es norteamericano. No solo porque ahora sean los Estados Unidos la potencia planetaria hegemónica en lo económico, en lo político, en lo militar, en lo científico, en lo tecnológico, en lo cultural. La única superpotencia, para usar un prefijo típicamente norteamericano. Y la única multiétnica, multirreligiosa (y a regañadientes) multilingüe. Sino también porque todo lo que caracteriza este siglo es norteamericano. El automóvil y el cine, el consumo masivo de drogas y la prohibición de las drogas, la píldora anticonceptiva, el dólar, la bomba atómica, la televisión, la silla eléctrica, el avión, la comida basura, la publicidad, la informática, los satélites artificiales. Y hasta los naturales: en la Luna flota —o al menos pende— la bandera de las barras y las estrellas.

Por eso el personaje que encarne este siglo extraordinario y terrible, ultracivilizado y bárbaro, será necesariamente norteamericano. No puede ser ni un científico alemán como Einstein, cuya teoría de la relatividad cambió la percepción del universo; ni un revolucionario ruso como Lenin, cuya sublevación bolchevique sembró la semilla de la sublevación universal; ni un médico austríaco como Freud, que con el sicoanálisis encontró la manera de llegar al subconsciente; ni un caudillo alemán como Hitler, responsable del genocidio más monstruoso de la historia; ni un pacifista indio como Gandhi, cuyo asesinato mostró lo ilusorio de su propia doctrina; ni un estadista chino como Mao, que resucitó a la inmensa China; ni un pintor español de París como Picasso, que transformó el arte del siglo; ni un guerrillero argentino de Cuba como el Che, imagen del heroísmo romántico; ni unos músicos ingleses como Los Beatles, cuyas canciones inundaron el mundo entero. Ni un reformista como el ruso Gorbachov, que dinamitó pacíficamente el poder socialista desde dentro.



Norteamericano, pues; pero ¿quién? Tal vez un político: un gran presidente como Franklin Roosevelt, que salvó a su país de la crisis económica y al mundo de la esclavitud nazi. O un millonario (la palabra es norteamericana): Henry Ford, padre del automóvil utilitario, o Bill Gates, padre del computador personal. O una actriz de cine: Marilyn Monroe, sueño erótico pintado en colores planos por Andy Warhol. O quizás un invento: la bomba atómica, arrojada sobre el Japón para ahorrar vidas de soldados norteamericanos.

No. Sólo un personaje de ficción puede abarcar, en toda su complejidad y su simplicidad igualmente pasmosas, a los Estados Unidos, República Imperial del siglo XX. Podría ser el Ratón Mickey, príncipe de Disneylandia: ese reino comercial de la ñoña Utopía en el que se resume el *american way of life* que hoy subyuga al mundo entero: hamburgueserías en Moscú, Coca-Cola en París, anuncios de televisión en todas partes. Hasta el presidente de la China visita Disneylandia para darle la mano a Mickey Mouse.

Pero en realidad la verdadera encarnación de Estados Unidos, su vera efigie, es otro personaje, también venido de esa forma artística y literaria popular y específicamente norteamericana que es el cómic. Se trata de Superman (con su prefijo "super"). Sus creadores, el guionista Jerry Seigel y el dibujante Joe Shuster, que lo dieron a luz en la revista *Action Comic* en junio de 1938, están hoy olvidados. Pero su criatura, el Hombre de Acero que puede volar e inmigró desde un planeta condenado para triunfar en los Estados Unidos, sigue tan campante como estos. Superman es la fe en la fuerza

física: es capaz de detener un tren con la palma de la mano, y de absorber una explosión nuclear con su pecho de acero. Y es la certidumbre de que la fuerza puede servir a la justicia: o, más exactamente, a la policía. Es asimismo la confianza en la tecnología: con su visión de rayos equis Superman traspasa las paredes para descubrir a los malhechores. Y es también el recurso a la hipocresía: ese superhombre poderoso y brutal se finge Clark Kent, un modesto reportero de prensa, para inspirar confianza. Superman es invulnerable e invencible, como los Estados Unidos. Y también a él lo debilita una droga venida del espacio exterior: la kriptonita.

SIGLO XXI

XXI

¿El fin de la historia?

Las tendencias de la Historia occidental, antes creída universal, que tan esperanzadoras les parecían a los filósofos optimistas de los siglos XVIII y XIX , y tan ominosas en el XX a los pesimistas, no parecen mejorar en el XXI: más bien empeoran. Es cierto que en buena parte del mundo, el mundo de Occidente, se vive mejor y más tiempo, y se come más (aunque no mejor), y en general puede decirse que, como lo resumió algún historiador del bando optimista, "era peor la Prehistoria". Pero las guerras civiles o entre las naciones; las crisis financieras del capitalismo neoliberal; las sucesivas revoluciones industriales, madres a la vez del progreso tecnológico y de la destrucción física de la naturaleza; el envenenamiento por causa de las actividades humanas de los ríos, de los océanos, de la atmósfera; la quema y la tala de las selvas; el derretimiento de los glaciares de las montañas y de los casquetes de hielo de los polos; el exterminio de numerosas especies animales, desde las abejas polinizadoras hasta los rinocerontes y las ballenas, empiezan a dibujar cada vez con mayor claridad la posibilidad de convertir el planeta tierra en un ámbito hostil para la vida, no sólo humana sino animal e incluso vegetal. El catastrófico cambio climático, ya reconocido por la unanimidad de los científicos pero negado por muchos de los dirigentes políticos, promete no respetar sino a la resistente raza de las cucarachas.

Cualquier resumen que se haga de la apenas quinta parte que va corrida del siglo XXI tiene que empezar por ahí: por dar cuenta de un aniquilamiento de la naturaleza infinitamente mayor en estos diecinueve años que el logrado por el lento desarrollo de la civilización—y del últimamente desaforado crecimiento numérico de la especie humana— en los treinta o cuarenta mil años anteriores, desde la época de las cavernas. En el siglo XXI de la Era Cristiana, hoy llamada en las nuevas enciclopedias electrónicas "Era Común", dejó de tener curso la burlona definición decimonónica de "tierras vírgenes": aquellas "en donde la mano del hombre no ha puesto el pie". Ya no quedan tierras vírgenes ni siquiera en el fondo de los mares. Y los hombres civilizados,

después de haber puesto el pie hasta en la luna dejando en ella un reguero de basura —no sólo la bandera norteamericana de tejido artificial de rayón o viscosa, sino además las propias heces de los astronautas recogidas durante los días del viaje espacial—, se disponen ahora a desembarcar en el planeta Marte.

En los años finales del siglo XX tuvo gran eco la visión idílica y utópica de un funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos, Francis Fukuyama, en un libro que tituló *El fin de la Historia*. Según él la Historia, o más exactamente sus desagradables tropiezos, acababa de terminar con el derrumbe del comunismo y el triunfo de los valores de Occidente encarnados por los Estados Unidos: la democracia representativa, el cristianismo protestante anglosajón, el neoliberalismo económico y el neoconservatismo político. El presidente norteamericano del momento anunció a su vez la aurora de un Nuevo Orden Mundial, presidido por su país y por él mismo, y los asesores geopolíticos de su hijo, también presidente algunos años después, bautizaron la centuria que venía como "*the american century*". Pero se equivocaban. De golpe, por primera vez en los últimos mil años de la historia universal, el poderío de Occidente empezó a flaquear. No es que se hubiera acabado la Historia, sino que, al contrario de lo que vaticinaba Fukuyama, Occidente había empezado a dejar de ser su principal protagonista.

La fecha que simbólicamente marcó ese cambio extraordinario fue el once de septiembre del año 2001: el "*nine/eleven*", cuando dos aviones de pasajeros secuestrados por terroristas suicidas árabes protegidos por los estudiantes de teología islámica que gobernaban el remoto Afganistán, los talibanes, destruyeron las Torres Gemelas de Manhattan, emblema del capitalismo norteamericano, y un tercero se estrelló contra los muros del Pentágono en Washington, corazón de su poderío militar universal. Con esas voladuras empezó el siglo XXI. Y con él, el principio del fin del imperio americano.

Pues en realidad el “siglo americano” fue el anterior, el XX, y estrictamente hablando duró solo medio. Medio siglo de predominio absoluto de los Estados Unidos en lo político, en lo económico, en lo cultural, en lo deportivo, en lo militar. En el poder “duro” de las bombas y de los portaaviones y en el poder “blando” del cine, de la música popular, de las artes, de la literatura, de la ciencia. De todos los premios Nobel que se han otorgado desde 1901 hasta 2018, los químicos o físicos o escritores o economistas norteamericanos han ganado 254: la tercera parte.

Y no se trata exactamente de la “decadencia de Occidente” que anunciaba el historiador alemán Oswald Spengler en el siglo XIX, precisamente cuando Occidente llegaba a su apogeo. Porque la civilización occidental sigue creando en estas primeras décadas

del XXI tanto los más grandes horrores como las más asombrosas maravillas. El envenenamiento de la atmósfera con los gases "de efecto invernadero" producidos por los combustibles fósiles —carbón, petróleo, gas— usados desde la primera revolución industrial, y la universal proliferación de basuras del indestructible plástico que se acumulan en todos los océanos, en el agua que bebemos y en el aire que respiramos, y hasta en la sal: y "si la sal se corrompe ¿quién salará la tierra?"; y también los avances asombrosos de los ordenadores, del internet, de la exploración del espacio exterior, de la inteligencia artificial, del desciframiento del genoma humano. Siguen siendo occidentales los instrumentos del dominio del mundo —el capitalismo, las industrias de armamentos—, pero empiezan a estar también en otras manos. Los Estados Unidos se estancan al tiempo que Europa se hunde, después de haber experimentado una especie de renacimiento gracias a la creación de la Unión Europea a partir de los años sesenta del siglo XX. Solo para caer en un retroceso marcado por el Brexit, la catastrófica salida del Reino Unido de esa Unión, provocada por una engañosa nostalgia de la grandeza del Imperio Británico. El futuro, repito, parece estar en otras manos.

En las de la China —que se despierta de un sueño de siglos— auxiliada, entre otras cosas, por ese otro invento occidental que ha sido el comunismo de partido único. La China es inmensa. Pero esa inmensa y antigua y en otros tiempos poderosa China fue sometida por las potencias de Occidente en el siglo XIX y hasta mediados del XX. Después "despertó" para usar la palabra de Napoleón Bonaparte, uno de los primeros observadores occidentales en darse cuenta de lo que se vendría. Hoy es la segunda, o tal vez la primera, economía del mundo, y su peso empieza a sentirse en todos los continentes. Y eso lo logró la inmensa y antigua y otrora poderosa pero humillada y sometida China, gracias a dos grandes dirigentes militares y políticos —Mao Tsé Tung, Deng Tsiao Ping— contradictorios en sus métodos pero coherentes en su objetivo: no dejarse. La política revolución comunista de Mao, la económica contrarrevolución capitalista dentro del régimen comunista de partido único de Deng, lograron en el breve tiempo de dos generaciones convertir a un país feudal y campesino, dominado por el extranjero, en la segunda o quizás ya la primera potencia económica del mundo. Y en un rival

militar, tecnológico, político y científico, aunque aun no en el sistema financiero, todavía dominado por el dólar, de las más grandes: los Estados Unidos y Rusia.

Todo eso a un costo de decenas de millones de muertos. Y de la represión absoluta de todas las libertades entendidas a la manera de la dieciochesca Ilustración europea que, por otra parte, nunca existieron en la China.

El otro gran motor que resurge del pasado es el vasto mundo islámico, que también se sacude de su sometimiento colonial al amparo del renacer fanático de su religión. El cual se estrella en su reiterada exigencia del sometimiento de las mujeres contra el creciente "empoderamiento" femenino de los países occidentales. La moral, más que la fe, separa esos dos hemisferios.

Así resucitan las guerras de religión, que parecían olvidadas desde el siglo XVIII, no sólo entre el Islam y la Cristiandad sino entre las distintas facciones del Islam, o entre estas y los hinduistas, y hasta los pacíficos budistas. En gran medida, el ataque contra las Torres Gemelas de Manhattan fue impulsado por el fanatismo religioso, como lo ha sido también el surgimiento en Irak y en Siria del llamado Califato Islámico, ISIS o Daesh, que está en el trasfondo de casi todas las muchas guerras civiles que desgarran el amplio arco árabe, desde Mauritania sobre el océano Atlántico hasta el Yemen en el Índico, a todo lo ancho del norte de África y de la península arábiga. Y se prolongan más al Oriente en países musulmanes, aunque no árabes: Irán, Afganistán, Pakistán y su inestable frontera con la India. A todo lo cual se suman las ondas expansivas de lo que cien años antes fue la fundación del "hogar judío" en la tierra de Palestina, convertido hoy en el poderoso estado de Israel, enemigo de todos sus vecinos árabes y de Irán, y poseedor de armamento atómico, que ya no es monopolio de los Estados Unidos, sino que comparten países tanto de Occidente como de Oriente: Inglaterra y Francia, Pakistán, la India, la China y Corea del Norte.

Tantas guerras y por tantos motivos —religiosos otra vez, y, como siempre, del interés económico o de la mera necesidad— confluyen en un torbellino, en un remolino, en un *maëlstrom* de violencias que se alimentan las unas a las otras, con el resultado demográfico de que ocurren migraciones masivas de pueblos en dimensiones que no se veían tal vez desde la época remota en que

los llamados “pueblos del mar”, hace algo más de tres mil años, arrasaron desde el norte bárbaro las nacientes civilizaciones de la cuenca del Mediterráneo. Las migraciones actuales van al revés, desde el sur hacia el norte, aunque tal vez en el mismo sentido: desde los países pobres hacia los países ricos. Desde el África árabe y negra hacia Europa, y desde las Américas Central y del Sur hacia los Estados Unidos. Y tienen el efecto de estimular una especie de renacimiento del fascismo racista del siglo XX por el crecimiento de la extrema derecha en los países ricos, cuyos pueblos se sienten amenazados, de nuevo, por los bárbaros.

Y hay finalmente otras dos guerras, abstractas y en consecuencia inacabables, que destrozan el planeta, ambas definidas, emprendidas y dirigidas por los Estados Unidos, que pese a su creciente deterioro todavía siguen constituyendo el motor de la historia. Una es la suma de muchos de esos conflictos nacionales o civiles antes enumerados, y que son atribuidos por los gobiernos norteamericanos a una sola causa: el terrorismo. Para ellos el terrorismo no es un método, como lo ha sido en todas partes desde hace millares de años —usado por los sicarii patriotas de Judea contra el imperio romano en el siglo primero; por los asesinos, o hashissins de Siria, dirigidos por el legendario Viejo de la Montaña en la Edad Media; por los anarquistas italianos o españoles o rusos de fines del siglo XIX; por las guerrillas marxistas de Colombia en el último medio siglo; por los guerrilleros islamistas del nuevo Califato de la guerra de Irak y de Siria en la actualidad—, sino un ente autónomo y maligno. Y por eso han decretado contra él la “guerra universal contra el terrorismo” sin querer entender —o por lo menos sin querer publicar que entienden— que quienes practican el terrorismo son agentes muy variados, tanto en su origen como en sus fines. En general, débiles contra fuertes. El Terror es un arma de Estado, como se pudo ver en la Revolución francesa, o después en la bolchevique de Rusia. El terrorismo, en cambio, es un arma contra el Estado. Y la utilizan grupos étnicos, grupos religiosos, marginales grupos políticos incapaces de hacerse sentir de otra manera por falta de herramientas. El mejor ejemplo podría ser el testimonio de un jefe independentista argelino durante la guerra de la descolonización contra Francia en los años sesenta del siglo XX: “Si Francia nos da los aviones con que bombardea los pueblos de Argelia, nosotros le daremos las bombas artesanales que

ponemos en los mercados de París". En el siglo XXI las acciones y matanzas de los distintos terrorismos, religiosos, políticos, económicos, a veces simplemente privados, se han vuelto la principal fuente de noticias de los medios de comunicación, los cuales, a su vez, multiplican su ejemplo.

La otra guerra universal es la llamada —también por su promotor y predicador principal, el gobierno de los Estados Unidos— la "guerra frontal contra la droga". Resulta que desde mediados del siglo XX, y en gran medida como consecuencia del ejemplo cultural norteamericano —los *hippies* de California, los veteranos de la guerra del Vietnam, los financieros de Wall Street, los artistas de Hollywood— el consumo de drogas excitantes, existente en el mundo entero desde los tiempos milenarios del soma de los arios iraníes o la coca de los incas suramericanos,

para no hablar del alcohol universal, se disparó de modo incontrolable: marihuana, cocaína, heroína, opioides. Con lo cual los gobiernos de los Estados Unidos decidieron controlarlo mediante el sencillo método de prohibirlo. Una vez prohibido, ese consumo no sólo se multiplicó, sino que por estar prohibido legalmente en el mundo entero (debido a la presión de los Estados Unidos) se convirtió no sólo en el más rentable negocio ilegal del mundo sino también en el segundo —después del comercio de las armas— negocio a secas. Negocio cuyas colosales ganancias han servido como colchón de seguridad para las más recientes crisis cíclicas del capitalismo, como la que en el año 2008 estuvo a punto de derrumbar a los grandes bancos del planeta.

Pero más grande negocio todavía, y a la vez tan dañino como creativo, ha sido en este siglo que apenas empieza el de la producción de basura. La de las destrucciones de las guerras: las bombas de racimo que parecen caramelos. Pero aún más, las de las industrias de la paz. Las grandes ciudades que se ahogan bajo su propia producción de basuras, los países ricos que las exportan hacia los basureros improvisados de los países pobres, a los que pagan por recibirlas. El plástico, que es indestructible durante varios milenios, que atasca y asfixia los océanos. Y se trata de una basura que se extiende hasta la producción del arte. En el siglo XXI, y recogiendo una idea de principios del XX de Marcel Duchamp según la cual es arte todo lo que un artista decide que lo sea, y es artista cualquiera que se defina a sí mismo como tal, arrasa el llamado pretenciosamente "arte conceptual", que desvaloriza hasta la misma palabra "concepto". Convirtiéndola, reduciéndola, a mera ocurrencia del autodesignado artista: a mera basura.

Basura conceptual, que se suma desde el arte a la generada por las guerras de destrucción y por las industrias de producción. Que se suma a la inagotable basura venida del sistema biológico de una civilización de consumo que, para decirlo en dos palabras, caga más de lo que come; y en consecuencia está a la vez devorando y cagándose en el planeta. Ya se ven fotografías que muestran a los osos blancos del antes prístino Océano Ártico comiendo basura, porque ya no quedan focas que comer: todas se han convertido en abrigos de piel. Y cuando esto escribo, a finales de septiembre de 2019, a una muchachita sueca que se desgañita

denunciando la inminencia de ese apocalipsis la denuncian a su vez como poseída por el Demonio.

A lo mejor lo está.

El internet: un antiguo artilugio

Es todavía un invento del Occidente declinante. El internet en el siglo XXI que comienza es lo más parecido al dios omnipresente y omnisapiente que inventaron hace veinticinco siglos las primeras religiones monoteístas, la del faraón egipcio Akenaton y la del profeta judío Moisés (que fueron quizás la misma persona). El internet es un artilugio artificial y tecnológico que se desliza por todos los intersticios de la vida contemporánea de toda la humanidad, en lo político, en lo militar, en lo cultural, en lo más íntimo y privado de cada habitante del planeta; y los vigila y tal vez los controla. El Gran Hermano que imaginó George Orwell en su novela distópica *1984* se concretó, poco después de la fecha fijada por el escritor inglés, en ese invento electrónico, todavía occidental y todavía norteamericano, que se llama internet.

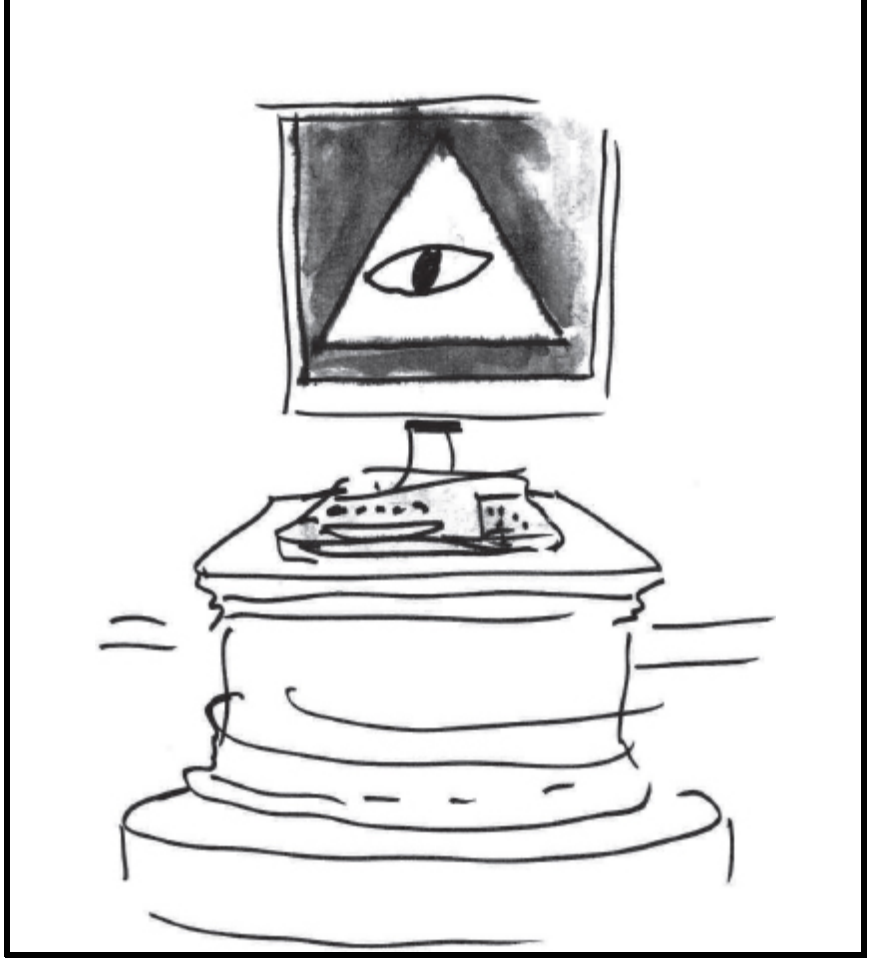
Es muy sencillo: una red —una "*web*" en inglés, una tela de araña— que conecta los computadores para que puedan dialogar entre sí. Una invención de las industrias militares de los Estados Unidos y financiada por el Pentágono, que empezó a desarrollarse en los años setenta del siglo XX, pero ha alcanzado una preponderancia mundial —sin que ese sea su límite— en las primeras décadas del XXI. En el año 2015 (esto lo escribo en el 2019) ya un tercio de la población del mundo, cerca de dos mil millones de personas físicas estaban conectadas a internet. Para no mencionar a la totalidad de las instituciones y organizaciones públicas de todos los países: empresas, partidos, ministerios, bancos, academias, universidades, hospitales, periódicos, orquestas, iglesias, cámaras de comercio, clubes de fútbol, ejércitos. Del diálogo electrónico entre computadores se pasó rápidamente a la conversación entre personas, y al intercambio de datos de toda índole entre personas e instituciones, entre países y organizaciones de investigación o de espionaje. No en balde ha sido prohibido en algunos países, tanto entre los más desarrollados —la China— como entre los más retrógados —ricos como Arabia Saudita o miserables como Afganistán o

Zimbawe— de la tierra. Pero también es utilizado como una de las más eficaces herramientas de control ciudadano, también en todas partes: en las elecciones norteamericanas que llevaron al poder a Donald Trump en 2016 y en el plebiscito que por esos mismos días derrotó los acuerdos de paz en Colombia.

La revolución del internet ha sido comparada con la que produjo la invención de la imprenta por Gutemberg y su expansión en el siglo XV. Sin duda: una revolución de la información, del acceso a la información, comparable también con la remota —y en realidad ignota— invención de la escritura, que al filósofo griego Sócrates le parecía tan dañina: un retroceso sobre la comunicación exclusivamente verbal entre los hombres, que destruía la memoria natural sustituyéndola por "recordatorios para cuando llegue la edad del olvido" (o eso cuenta Platón en su diálogo socrático "Fedro", que desde hace más de dos mil años podemos leer porque está escrito).

Porque los tres inventos —la escritura, la imprenta, el internet— tienen en común que sus indudables beneficios se han visto compensados por sus innegables efectos perversos. En el último caso, la promesa de la comunicación universal sin intermediarios ha venido acompañada por la pesadilla del control de la información y por la imparable difusión de las noticias falsas. Con el Internet han aparecido las llamadas "redes sociales", que son vehículo tanto de datos públicos como de datos íntimos, con el resultado de que la noción de vida privada, de privacidad, ha desaparecido. Y con el de que la información engañosa y la verdadera se han vuelto indistinguibles. Así, el milagroso invento que facilita los lazos entre los seres humanos sirve también para explotar el miedo y aumentar el odio a través de la manipulación de la mentira.

Lo bueno, pues, pero también lo malo. Mencioné atrás al dios omnisciente de las religiones monoteístas. Pero el poderío binario del internet puede compararse también con la predicación de las viejas religiones dualistas, como el zoroastrismo y el maniqueísmo, que dan cuenta a la vez del Bien y el Mal, y del eterno choque entre los dos. En resumen: este novedosísimo invento de la tecnología es un invento antiquísimo del oscurantismo.



Sobre el autor y el ilustrador

Antonio Caballero

(Bogotá, Colombia, 1945). Caricaturista, periodista y escritor. Ha publicado caricaturas en *Cromos*, *El Tiempo* y *El Espectador*, de Bogotá; en *Candide* y *Plexus*, de París; en *Mayfair*, de Londres, y en *Evergreen Review*, de Nueva York. En periodismo ha trabajado para diversos medios, como *The Economist* para América Latina y BBC, de Londres; Agencia France-Presse, de París; *Cambio 16*, *Diario 16* y *El País*, de Madrid, y *El Tiempo*, *El Espectador*, *Alternativa*, *Semana* y *Cambio*, de Bogotá. Además ha publicado varios libros de caricaturas, entre los que se cuentan *Apertura, oración y cierre*, *Reflexioné-monos* y *Este país*. También tiene libros con la recopilación de sus artículos de prensa, como *Paisaje con figuras (crónicas de arte, literatura y música)* y *El oficio de opinar*, y varios de crónicas taurinas: *Toros, toreros y públicos*, *Los siete pilares del toreo* y *Toreo de sillón*. Además de su única y emblemática novela: *Sin remedio*. En 2018 Editorial Planeta publicó bajo el sello Crítica *Historia de Colombia y sus oligarquías*, obra que había sido encomendada a su autor por la Biblioteca Nacional de Colombia en 2016.

Juan Ballesta

(Almería, España, 1935). Caricaturista, maestro del humor negro y la sátira. Sus viñetas han sido publicadas en medios como *Cambio 16*, *Diario 16*, *Le Monde*, revista *Credencial*, *Le Monde*, *Washington Post*, *Herald Tribune*, *Courrier International*, *Paris Match*, entre otras revistas y periódicos de Europa y América. Ha publicado varios libros, entre los cuales figuran *La pareja: ¡qué coñazo!* y *Lei & Lui*. Ilustró una bellísima colección de textos infantiles escritos por José Agustín Goytisolo y es autor de numerosos libros para niños, entre ellos *Las hormigas de la belleza*. Sus obras se pueden ver en el Museo del Humor de Basilea, en la Biblioteca de Documentación Internacional de París y en la Fundación de la Universidad de Alcalá. Recibió el Premio Club Internacional de Prensa y ha representado a España en la

exposición de humor mun-dial del Museo de Historia Contemporánea de París.

Occidente conquistó el mundo...
y empezó a perderlo

Hace veinte años, cuando se publicó la primera edición de este libro, se celebraba en todo el mundo el final del segundo milenio. Se trata, claro está, de una pura convención, fijada arbitrariamente y con varios siglos de retraso por los reformadores cristianos del calendario para hacer coincidir el año uno (aproximadamente) con la fecha del nacimiento de Cristo. Una convención, pues, que en teoría no afecta a las tres cuartas partes de la humanidad que utilizan calendarios distintos: chinos, indios, todo el Islam. Pero que sí los afecta en la práctica.

Porque la práctica de este milenio ha sido cristiana y occidental. Son los mil años en los que el Occidente cristiano conquistó el mundo entero, política y culturalmente, imponiéndole no sólo su calendario sino su voluntad. Su técnica, su ciencia, su ideología, su cultura, y hasta su manera de vestir. Y eso, por la fuerza: desde la propagación a lanzazos de la Verdadera Fe en las Cruzadas contra el infiel del siglo XI hasta el establecimiento a bombazos de la Verdadera Democracia en las guerras de la OTAN de 1999. Las fiestas del milenio, el 31 de diciembre de 2000, se celebraron por eso en todas partes con canciones en inglés: se celebraba la conquista. No será serio, pero así fue hace veinte años. Pero en los diecinueve y pico transcurridos del siglo XXI la marea de la historia ha empezado a cambiar. El Occidente grecocristiano, capitalista y norteamericano, está hoy en discreta retirada.

Antonio Caballero

CRÍTICA
www.planetadelibros.com.co
eBook DISPONIBLE